

¡ESTABA DE DIOS!

COMEDIA

EN TRES ACTOS,

POR

Don Manuel Breton de los Ferreros.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

—
1842.

PERSONAS.

ACTORES.

PAULA	D. ^a Matilde Diez.
MARGARITA	D. ^a Teodora La-Madrid.
DON ÁLVARO.	D. Florencio Romea.
EL CONDE	D. Julian Romea.
DON TADEO.	D. Luis Fabiani.
DON CLAUDIO.	D. Manuel García.
DON PLÁCIDO.	D. Ignacio Silvostrí.
UN JUEZ	D. Lázaro Perez.
JACINTA	D. ^a Manuela Sierra.
TOMÁS	D. Domingo Martinez.
UN ALGUACIL.	D. José Sanchez.

La escena es en Madrid, á principios del siglo XVIII.



*Sala con puerta en el foro, y una en cada lado de los bastidores.
Mesa con escribania.*



Esta comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

ESCENA PRIMERA.

PAULA. MARGARITA. DON TADEO.

DON TADEO. Oídme con atención,
que os interesa el asunto.
Para hombres de mi carácter
no es incumbencia de gusto
la tutela de dos niñas
casaderas, y el difunto
don Ambrosio, vuestro padre,
que Dios perdone, no supo
lo que se hizo cuando carga
tan insoportable puso
sobre mis débiles hombros.
Mientras erais dos capullos
ternezuelos, inocentes,
grato era y fácil el uso
de mi autoridad. Ahora
que es ya sazonado fruto
la flor de vuestra apacible
adolescencia, barrunto
que querreis cambiar el mio
por mas agradable yugo.
Yo, bien lo veis, soy apático

en extremo, cachazudo,
indolente; y si es forzoso
que ponga todo mi estudio
dia y noche en vigilaros,
me doy por muerto, sucumbo.

PAULA. Perdone usted, don Tadeo,
si su plática interrumpo.
Quien le oyera hablar así
creeria que damos mucho
que sentir á nuestro digno
tutor; pero yo presumo
que nuestra conducta....

DON TADEO. Es buena;
es santa: yo no lo dudo,
pero...

MARGARITA. En este corazon
noble y altivo no cupo
jamás ningun pensamiento
villano, y afirmo y juro
que nunca por culpa mia
será empañado el escudo
de mi familia.

DON TADEO. Ambas sois
la suma virtud, lo sumo
del pundonor; es muy cierto;
pero ¿qué quereis? soy viudo,
y no tan viejo y tan maula
que si murmurase el vulgo
de vosotras y de mi
cometiera un grande abuso.
Supongamos, si quereis,
que nadie sobre este punto
nos muerde; pero dirán
malas lenguas que procuro
diferir vuestro acomodo
porque sin duda me lucro
con la tutela; y es falso,
porque yo nada os usurpo;
lejos de eso, he conseguido
aumentar vuestro peculio.
En fin, ya estais en edad
de casaros. Cuatro lustros

peinas tú ya , Margarita ;
 tú, Paula, cumples por junio
 diez y nueve primaveras ,
 y si á todas causa júbilo
 pasar á mejor estado,
 no debe causaros susto
 á vosotras , pues al cielo
 dejaros huérfanas plugo.
 Antes con doble razon ,
 si no yerro en mi discurso,
 necesitais de un marido
 como la yedra del muro.

PAULA.

Es cierto, y yo no he pensado
 que un cláustro sea sepulcro
 de mi juventud, ni creo
 tener el alma de estuco;
 ¿pero ha de ser puñalada
 de pícaro? Son muy turbios
 los dias que corren. Arde
 la guerra civil: el triunfo
 es dudoso...

DON TADEO.

¿Boberías!

¿Eso ha de tener influjo
 en vuestra suerte? Unos ú otros
 vencerán; esto es seguro;
 ¿mas qué nos dan ni nos quitan
 ni los otros ni los unos?
 Reine Carlos ó Felipe,
 ¿nos ha de faltar por último
 rey que nos mande ni papa
 que nos escomulgue? Y juzgo
 que con palma han de enterraros
 si esperais á que ese nudo
 gordiano se desenrede.
 Pelean como energúmenos
 el tudesco y el francés.
 Hace ya nueve años justos
 que al panteon de sus padres
 descendió Carlos segundo,
 que esté en gloria, y otros tantos
 que su cetro entre dos puños,
 como hueso entre dos perros,

es de ambos y de ninguno;
y, según las trazas, antes
que se acabe ese barullo,
á los párvulos de ogaño
les obligará el ayuno.

Ahora bien, siendo tan bellas,
no faltarán cari-lucios
que suspiren por vosotras,
y si hay entre ellos alguno
que os merezca...

MARGARITA.

Por mi parte
no siendo de ilustre cuño
los desprecio, y hasta ahora
entre tanto abejaruco
ninguno se ha presentado
digno de mí.

DON TADEO.

¡Necio orgullo!

PAULA.

¡Pica muy alto mi hermana!

DON TADEO.

Tú no tendrás tantos humos...

PAULA.

Sí, señor; quizá mas que ella;

pero yo voy por el rumbo
contrario. No quiero esposo
tan ilustre, tan augusto

que piense hacerme merced
cuando me diga «soy tuyo.»

Antes le quisiera humilde,
pobre, desvalido, oscuro;

y no porque quiero alzarme
con el dominio absoluto

de la casa; no señor;

sino porque así... discurro

que habria menos peligro

de que me fuese perjuro.

DON TADEO.

¡Válgate Dios por muchachas!

Si andais con esos escrúpulos

nunca os casareis. ¡Qué diantre!

¡Pues no sabeis que son nulos

todos los humanos juicios

contra lo que Dios dispuso?

Ea, dejemos á un lado

los dengues y los repulgos

de empanada. Yo soy hombre

que tengo esperiencia y pulso,
y ya os he buscado novios
para que os caseis *à duo*.

MARGARITA. ¿A ver? Sepamos.

DON TADEO. Tendrá
sus... treinta años tu futuro.

MARGARITA. Es edad proporcionada.

DON TADEO. Moceton alto, robusto...

MARGARITA. Por eso no reñiremos.

DON TADEO. Rubio...

MARGARITA. Me agradan los rubios.

DON TADEO. No diré que es un Adonis,
pero no es manco, ni zurdo,
ni corcobado...

MARGARITA. Adelante.

DON TADEO. Item: duro sobre duro
un millon de capital,
sin las fincas, le calculo.

MARGARITA. No se necesita menos
para vivir con el lujo
indispensable en la corte.—
¿Y qué título es el suyo?

DON TADEO. ¿Cómo título...

MARGARITA. ¿Es baron...

DON TADEO. ¿No lo ha de ser? Yo aseguro
que se afeita y me parece...

MARGARITA. No es eso lo que pregunto.

¿Es marqués? ¿Es conde? ¿Es duque?

DON TADEO. Nada de eso. Es don Tiburcio
Santibañez, natural
de las montañas de Burgos,
mercader de paños...

MARGARITA. ¡Cielos!

¡Será tan záfio, tan rudo...
Habrá venido á Madrid
atravesado en un mulo...
No entenderá de otra cosa
que de máquinas y números
y facturas y averias
y pólizas... ¡Abrenuncio!

DON TADEO. ¡Oiga! No creí que tú
le escudieses...

MARGARITA.

Pues le escupo.

DON TADEO.

Hermosa y blanca es tu mano,
lindo y gracioso tu busto
y apetecible tu dote;
mas, si en la razon me fundo,
no vales tanto que debas
despreciar...

MARGARITA.

Es un insulto
que me pretenda ese tio.

PAULA.

¿No ve usted que tiene pujos
de condesa?

MARGARITA.

¿Y por qué no?

DON TADEO.

¿Sabes que raya en absurdo
tu necesidad, hija mia?

MARGARITA.

Yo obedezco á los impulsos
de mi corazon magnánimo,
y la voz secreta escucho
que me dice: tú has nacido
para brillar en el mundo.
Hasta el distinguido nombre
que me pusieron es nuncio
incontestable y perene
del esplendor á que aludo.—
¡Margarita! ¡Archiduquesa!
¡Oh, qué bien que suenan juntos
estos vocablos!... Y en fin,
¿quiere usted, tutor estúpido...
¿Cómo se entiende?...

DON TADEO.

MARGARITA.

¿Una prueba,
un testimonio inconcuso
del grandioso porvenir
que me espera? Pues no ha mucho
que una discreta gitana,
estudiándole en los surcos
de mi mano, me predijo
un novio de alto coturno;
¡un escelencia! ¿está usted?...
Declaro, pues, y concluyo,
que no ha de ser mi marido
de conde abajo... ninguno.

(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

PAULA. D. TADEO.

D. TADEO. Está visto: esa muchacha es loca, ¡loca de atar! y si Dios no la remedia tendrá que ir al hospital de Toledo.

PAULA. ¡Qué ridícula presuncion!

D. TADEO. ¡Qué gravedad...

PAULA. «De conde abajo... ninguno.» Asi acaba, poco mas ó menos, su relacion *García del Castañar*.

D. TADEO. Dejémosla con su tema. Tú que eres mas racional, querida Paula; no espero que desprecies el galan...

PAULA. ¿Quién? ¿El mercader de paños? ¿El burgalés? ¿El... Jamás, jamás será mi marido un ricacho montaraz que no sabrá distinguir si soy muger ó batan...

D. TADEO. No es ese el que te propongo, ¡Si me dejases hablar!...

PAULA. Pues ¿quién...

D. TADEO. Mi huesped; don Alvaro.

PAULA. ¡Ah!... El huesped...

D. TADEO. Sí; el capitán.

¿Vas á decir que tampoco es digno de ti...

PAULA. No tal.

Pero sepamos primero si él piensa en mi...

D. TADEO. ¡Voto á san!...

Pues ¿qué! ¿no te ha declarado su pasion?

PAULA. No señor.

D. TADEO.

¡Ba!

PAULA.

No, á fé de Paula.

D. TADEO.

¿Es posible...

¡Tan tímido, y militar!

No era yo así, vive Dios,
en mi verde mocedad.

Pero en parte no lo extraño.

Un miserable oficial

cuyo único patrimonio

son sus pagas, que no van

muy corrientes, y los cortos

alimentos que le da

su primo el Conde...

PAULA.

Eso fuera

lo de menos, y quizás

su pobreza le da mérito

á mis ojos.

D. TADEO.

Pero habrá

dos meses que llegó á Cádiz

procedente de ultramar

el Conde, y, según escribe

á su primo, llegará

á la Corte muy en breve

con ánimo de entablar

no sé que pleito. Es probable

que estando en la capital

sea útil á don Alvaro

su proteccion eficaz;

que aunque ellos no se conocen,

porque desde tierna edad

este ha vivido en España

y aquel otro en Yucatan,

al fin la sangre...

PAULA.

Que el conde

le reciba bien ó mal,

nada importa. Ya lo he dicho:

no influye en mi voluntad

el interés y, á Dios gracias,

tengo bastante caudal

para que no necesite

los favores mendigar

de nadie el que haya de ser

mi marido.

D. TADEO.

Eso es verdad,
mas por mucho trigo nunca
mal año, dice el refran.
¿Y quién sabe si en don Alvaro
vendrá algun dia á parar
el Condado?

PAULA.

¿En él!...

D. TADEO.

De menos
nos hizo Dios. El actual
poseedor es viudo...

PAULA.

¿Viudo!...

D. TADEO.

Sí; viudo... ¿y sin hijos!

PAULA.

¿Ah!...

D. TADEO.

Don Alvaro es su inmediato
heredero...

PAULA.

¿Cómo! ¿eso hay?

No sabia yo que estaba
tan espuesto á titular.
¿Dios mio!... Esa contingencia
es por sí sola capaz
de arredrarme...

D. TADEO.

¿Eh!... pero, hija,
si está de Dios...

PAULA.

No; no está
de Dios, sino del demonio,
una boda desigual.

D. TADEO.

Pero un conde... ¿por la Virgen
sacrosanta del Pilar!...

¿es acaso algun engendro-
venenoso? ¿Algun caiman...

PAULA.

Yo no sé, pero á los títulos...

les tengo un miedo cerval.
Yo me miro en el espejo
de mi amiga Trinidad,
que no es mas que baronesa,
¿y es su suerte tan fatal...

D. TADEO.

Un ejemplo no hace ley...

PAULA.

No goza un dia de paz.
Su marido la desprecia,
la humilla... ¿No! Cada cual
con su cada cual.

D. TADEO.

¿Por uno
han de pagar los demas?
Pero no te azores tanto.
Yo digo una necesidad.
El peligro de la herencia...
¡Vaya! es tan remoto y tan...
Poco menos que imposible.
¡Si fuese algún carcamal
el conde... Pero es muy apto
para volverse á casar
segunda y tercera vez;
¿y quién sabe si la sal
de una linda gaditana
le ha llevado ya al altar?
Y, últimamente, don Alvaro
¿es por ventura inmortal?
Antes de morir el Conde
bien nos podría enterrar
á todos. Tengo entendido
que es un solemne animal,
y esta es otra garantía...
¿De qué?

PAULA.

D. TADEO.

De longevidad.

PAULA.

Pero, señor don Tadeo,
¡Si eso es hablar de la mar!
¡Si no me quiere don Alvaro!

D. TADEO.

Yo te hacía mas sagaz.
Nada me ha dicho; que, al fin,
yo no soy su capellan;
pero observo que te mira
con ansia de amor voraz,
y suspira, y se distrae...
Ayer, sin ir mas allá,
clavó el diente en un tapon
creyendo morder el pan.

PAULA.

Si me mira, será acaso
por mera curiosidad.
Y si en efecto me adora,
¿quién le impide declarar
su pasión? ¿Querrá que yo
se la adivine? ¿Querrá
que me anticipe... ¡Seria

- pretension original!
- D. TADEO. Sin duda teme enojarte.
El seria mas audaz
si le animases un poco,
si viese alguna señal
de cariño...
- PAULA. Me parece
que no le suelo mirar
con tan malos ojos...
- D. TADEO. ¡Oiga!
Conque, ¿no le arañarás
si te habla...
- PAULA. Creo que no.
- D. TADEO. Basta. Pues él hablará;
él hablará, ¡ó ha de ver
para qué nació!
- (Llamando.)
¡Tomás!
- PAULA. ¿Qué hace usted! ; En mi presencia...
- D. TADEO. Tú te puedes retirar
si gustas; pero ahora mismo
sabré yo...
- PAULA. ¡Jesus, qué afán!...
- No urge tanto...
- D. TADEO. (A Tomás, que se presenta en la puerta del
foro.)
Si está en casa
don Alvaro, le dirás
que se tome la molestia
de llegarse por acá. (Váse Tomás.)
- PAULA. ; Por Dios, no me meta usted
en algun bereugenal!
No vaya usted á decirle
que le amo... Es decir...
- D. TADEO. Ya, va.
Nada temas...
- PAULA. ; Por Dios!...
- D. TADEO. Vete.
Yo me sabré manejar.

ESCENA III.

D. TADEO.

Caso á una, y pleito por menos.
 ¡Ay Dios, qué felicidad
 si de las dos me librasen
 el cura y el sacristan!

ESCENA IV.

D. ALVARO. D. TADEO.

D. ALVARO. Ya ve usted qué listo salgo
 al primer aviso...

D. TADEO. Quedo
 muy agradecido...

D. ALVARO. ¿Puedo
 complacer á usted en algo?

D. TADEO. Si tal, si usted me revela...

D. ALVARO. ¿Qué...

D. TADEO. Sabe usted que Paulita
 y su hermana Margarita
 están bajo mi tutela.

D. ALVARO. Sí, señor, y es gran fortuna
 para ellas...

D. TADEO. Y acá inter nos,
 no es mucho que siendo dos
 usted suspire por una.

D. ALVARO. Yo... Crea usted... Yo...

D. TADEO. Señor maula,
 hable usted de buena fé.

¿A qué negarlo? Yo sé
 que se muere usted por Paula.

D. ALVARO. Sí, señor. Ya fuera mengua,
 aunque sufra mil sonrojos,
 negar... Cuando hablan los ojos
 en vano calla la lengua.

Pero juro por mi nombre
 que Paulita nada sabe,
 y aunque mi existencia acabe

entre congojas...

D. TADEO. (*Entre dientes.*) ; Pobre hombre!

D. ALVARO. ¿Eh?

D. TADEO. Nada. Prosiga usted.

D. ALVARO. Honesto y puro es mi amor.
No crea usted que á su honor
tienda yo villana red.

D. TADEO. Yo no dudo...

D. ALVARO. Y pues en vano
con mi pobreza notoria
aspirára yo á la gloria
de obtener su blanca mano,
y lee usted en mi pecho,
que solo se abria á Dios,
ya no podemos los dos
vivir bajo el mismo techo.

D. TADEO. Galan, vergonzoso y tácito,
¿á qué viene esa locura?
¿He dicho yo por ventura
que niego mi beneplácito?

D. ALVARO. Con el alma le agradezco
si el buen tutor me le dá,
pero ¿de que me valdrá
si el de Paula no merezco?

D. TADEO. Vamos, que no es tan arpía...
mas si usted gime y se agacha
y no chista, la muchacha
no dirá: esta boca es mia.
El que pretende á una dama
no debe echarse por tierra;
y el que pregunta no yerra;
y el que no llora no mama.

D. ALVARO. Ya ve usted que soy soldado,
y cuando así me reporto...
No, no es mi genio tan corto
como usted lo ha imaginado.
Yo tendria mas aliento
si tuviera mas fortuna,
pero mi suerte importuna
me quita el atrevimiento.
Paula es rica; yo soy pobre,
y por mas que usted me exhorta...

- D. TADEO. Pero ¡hombre de Dios! ¿qué importa...
¡Por vida del mar salobre!...
Haya que comer y venga
de donde viniere.
- D. ALVARO. Pero...
Vamos; no quiero, no quiero
que mi muger me mantenga.
- D. TADEO. (¡Mas loco que ellas es él!)
- D. ALVARO. ¡Un capitán... ¡Buen avance...
No me caso hasta que alcance
el baston de coronel.
- D. TADEO. ¡Ay! ya puede irse á un convento
Paula si ha de estar soltera
hasta que su novio adquiera
el mando de un regimiento.
- D. ALVARO. ¿Quién sabe... Hay guerra, y mi brazo
entre escuadrones tudescos
le buscará...
- D. TADEO. ¡Estamos frescos!
Y si halla usted un balazo?
- D. ALVARO. ¡Mejor! Entonces no peno...
- D. TADEO. La resignacion alabo.
- D. ALVARO. ¿Qué importa la vida...
- D. TADEO. ¡Bravo!
- D. ALVARO. Cuando la desgracia...
- D. TADEO. ¡Bueno!
- D. ALVARO. ¡Oh Paula, querida Paula!...
¡Oh si como eres hermosa
fueras pobre!...
- D. TADEO. Vaya... es cosa
de encerrarle en una jaula.
- D. ALVARO. Juro á Dios y á mi conciencia
que me alegrara infinito
de verla...
- D. TADEO. Pero, ¡maldito...
- D. ALVARO. Reducida á la indigencia.
- D. TADEO. ¡Pues la quiere bien el mozo!
- D. ALVARO. Si fuera usted lo que son
otros tutores...
- D. TADEO. ¿Ladron?
- D. ALVARO. ¡Pronto tendria ese gozo!
- D. TADEO. ¡Hombre! ¿á quién le ocurre, á quién...

D. ALVARO. Pero este pobre señor...
 D. TADEO. ¡Vaya qué...
 D. ALVARO. ¡Ha dado en la flor...
 D. TADEO. Em...
 D. ALVARO. ¡De ser hombre de bien!
 D. TADEO. Sí...
 D. ALVARO. ¡Funesto patrimonio!
 D. TADEO. ¡Oh...
 D. ALVARO. ¡Mi destino...
 D. TADEO. ¡Hum... ¿Cuándo hablo
 yo? Em...
 D. ALVARO. ¡Paula!
 D. TADEO. ¡Vaya usted al diablo
 y vaya Paula al demonio!

ESCENA V.

D. ALVARO.

No el tutor, si el obispo de Sigüenza
 con todo su cabildo diocesano
 quisiera convencerme, fuera en vano.
 Yo no quiero que nadie me convenza.
 ¡Oh Paula! ya mi espíritu comienza
 á hartarse de la vida, y si el tirano
 dolor me mata de perder tu mano,
 yo moriré de amor; no de vergüenza.
 Satíricos ingenios de la corte
 cuya pluma mordaz en hiel se moja,
 ¿qué diria ¡ay de mí! vuestra cohorte?
 Diriais... ¡Esta idea me sonroja!—
 «Doña Paula ha comprado su consorte.—
 Le venderá tambien si se la antoja.»

ESCENA VI.

D. ALVARO. TOMÁS.

TOMÁS. Señor capitan...
 D. ALVARO. ¿Qué traes?
 TOMÁS. Esta carta... (Le dá una cerrada.)

D. ALVARO.

¿A ver?... ¿De dónde...

(Leyendo en el sobre.)

«Andalucía» — Está bien.

(Abre la carta.)

Pondrás en mi cuenta el porte.

ESCENA VII.

D. ALVARO.

De don Anselmo... Creí
que era de mi primo el conde.*(Lee.)*

«Ecija, 15 de Octubre»...—

¡Ya ha llovido desde entonces!

Como no pueden pasar
sin tropa que los escolte
los correos, se retrasan...—

«Señor don Alvaro Ponce.—

Amigo y muy señor mio:

escribo á usted con el doble
objeto de darle un pésame

y una enhorabuena. Anoche,

cuando su primo de usted,

dirigiéndose á la corte,

se acercaba á esta ciudad,

hubo de volcar el coche

en un precipicio...» — ¡Cielos!—

«Quedando muertos del golpe

él y el cochero...» — ¡Dios mio!...—

«y otro caballero joven

que le acompañaba. Así

lo han asegurado acordes

varios arrieros, testigos

de desgracia tan enorme.

Yo, que le estaba esperando

para alojarle conforme

á su clase, cuidaré

de que le hagan los honores

fúnebres.—Amigo mio,

no tiene poder el hombre

contra la parca inflexible;
 y aunque es justo que se lllore
 á los difuntos, aquí
 encaja como de molde
 aquel refran de *los duelos*
con pan... &c.; conque,
 ruegue usted á Dios por él,
 y por muchos años goce
 con la inesperada herencia
 el condado de Alba-Torres,
 mandando á su servidor
 y amigo. — Anselmo Quincoces.»
 ¡Es posible, santo ciclo...
 ¡Ha muerto mi primo! ¡Pobre,
 pobre don Diego! Se libra
 de los peligros que esconde
 el ancho mar proceloso;
 llega sano y salvo al borde
 de la tierra deseada;
 cruza sin hallar ladrones
 media Andalucía... ¡y muere
 sin decir oste ni moste
 cuando menos lo pensaba!...
 ¡Nuestro Señor le perdone!
 Aunque no le conocia
 ni le he debido favores,
 era mi primo, mi sangre... —
 Pero él ha muerto sin prole
 y siendo yo su mas próximo
 pariente, me corresponde
 su pingüe caudal, su título...
 ¡Oh gozo!... — Dios le corone
 de gloria. — ¡Albricias, amor!
 Ahora no será tan torpe
 mi lengua, que ya cesaron,
 bella Paula, mis temores.
 Si merezco que benigna
 oigas mis ruegos... ¡Oh noble
 difunto! perdona que antes
 de rezar un *pater noster*
 por el reposo de tu alma
 al júbilo se abandone

la mía... Pero ella sale.

(*Mirando adentro.*)

No la hay mas bella en el orbe.

¡Qué manjares cria Dios
para regalo del hombre!

ESCENA VIII.

PAULA. D. ALVARO

D. ALVARO. ¡Paulita!

PAULA. ¡Oh don Alvaró!

D. ALVARO. ¡Paula de mi vida,
con el alma herida
me postro á tus pies! (*Lo hace.*)

PAULA. ¿Qué hace usted? ¿Qué ráfaga
de locura es esa?

D. ALVARO. Amor me embelesa;
¡amor! ¿No lo ves?
Y tú eres el ídolo
divino, inefable...

PAULA. Alce usted; no me hable
en esa actitud.

D. ALVARO. Tu mano benéfica
me dá... ¡No te enojés!
Si plácida acoges
mi solicitud.

PAULA. ¿Mi mano? ¡Qué lástima!
Calle usted, cristiano.
No doy yo mi mano
asi como asi.

D. ALVARO. ¡Paula!...

PAULA. (¡Ayer tan tímido,
y hoy...)

D. ALVARO. ¡Mi bien!

PAULA. ¡Qué tema!

Alce usted, postema,
ó me voy de aqui.

D. ALVARO. (*Levantándose.*)
¡No! Ya humilde súbdito
te obedezco, hermosa.

PAULA. Eso es otra cosa.

- Ahora estamos bien.
- D. ALVARO. Y ahora sin preámbulos
te doy mi albedrío,
y espero, amor mio,
que digas: amen.
- PAULA. ¿De verás? (Mi júbilo
en vano reprimo.)
Confieso que estimo
tan alto favor.
- D. ALVARO. ¿Sí? Pues dulce vínculo
en el templo santo
enjugue mi llanto,
bendiga mi amor.
- PAULA. ¡Qué hombre! ¡Es un relámpago!
- D. ALVARO. ¡Ah, Paula, estoy loco!
- PAULA. Vamos poco á poco.
¿Sabe usted si yo...
- D. ALVARO. Mi gloria es sin límite
si soy tu marido;
soy hombre perdido
si dices que no.
- PAULA. No es tanto mi mérito
que así... de repente,
pasion tan ardiente
inspire á un galan.
- D. ALVARO. Dias ha que víctima
de tus ojos arde
mi pecho...
- PAULA. ¡Y cobarde
callaba su afan!
- D. ALVARO. Recelaba ¡ay misero!
que tan bella dama
pagase mi llama
con frio desden.
- PAULA. No es mi alma de víbora,
que de amor esclava
tambien suspiraba
sin decir por quién.
- D. ALVARO. Perdona si crédulo...
quizá en demasia,
me apropio, alma mia,
la fé de tu amor.

¡Callas, y los párpados
 inclinas al suelo,
 y te cubre el velo
 de honesto pudor!
 Basta; ya me es lícito
 llamarte mi dueño.
 ¡Oh dicha! No es sueño:
 tú me quieres; sí.
 ¡Bendigo tus órdenes,
 sábia Providencia!—
 ¡Bien haya mi herencia,
 porque es para ti!
 ¡Herencia!

PAULA.

D. ALVARO.

Sí, el título
 de conde...
 (*Mostrando la carta que recibió.*)

Este pliego...
 mi primo don Diego...
 ¡Dios mio!...

PAULA.

D. ALVARO.

¡Murió!

PAULA.

¡Ah!...

D. ALVARO.

Camino de Ecija...
 ¡pobre!... en un desierto...
 Sin hijos ha muerto
 y le heredo yo.

PAULA.

D. ALVARO.

¡Funesta catástrofe!
 ¡Llorémosle juntos!—
 Tres son los difuntos.
 Un vuelco fatal...
 Mas luego que el párroco
 sus preces entone
 amor nos corone
 y el canto nupcial...

PAULA.

D. ALVARO.

¡Jamás!
 Pues ¿qué obstáculo...

PAULA.

¡Jamás!

D. ALVARO.

Si ahora mismo...

PAULA.

¡Jamás!... Un abismo
 se abre entre los dos.

D. ALVARO.

¡Lo dices con lágrimas...

PAULA.

(*¡Un conde! ¡Ah, qué miedo!...*)

D. ALVARO.

¿Cuál es...

PAULA.

¡No, no puedo!

D. ALVARO. Pero...

¡A Dios! ¡A Dios!

PAULA.

ESCENA IX.

D. ALVARO.

¡Paula!... ¡A otra puerta!— ¡Dios mio, qué es esto? Yo me hago cruces...

¡Tan afable en sus acentos,
 en sus miradas tan dulce,
 y de improviso se altera
 su semblante, y me interrumpe,
 y haciendo mil aspavientos
 suelta un jamás que me aturde,
 y dice que entre los dos
 se abre un abismo!... ¿Qué nube
 tempestuosa, inesperada
 así ha apagado la lumbre
 de mi esperanza? ¿Será
 que la desgracia la asuste
 de mi primo y no se atreva
 bajo de auspicios tan fúnebres
 á casarse... ¡Eh! no. Si fuese
 deudo suyo el que sucumbe...
 Pero causar un extraño
 tan profunda pesadumbre...
 no puede ser.— ¡Un abismo
 entre los dos!— ¡A qué alude...
 No lo entiendo. ¿Habrá hecho voto
 de castidad... ó voluble
 y caprichosa se burla
 del cariño que me infunde?
 ¡Necio y mísero de mí
 que la lengua no detuve...
 Porque al fin... sea el motivo
 cual fuere, ella me confunde,
 me desprecia...

ESCENA X.

MARGARITA. D. ALVARO.

D. ALVARO. ¡Ah Margarita!

¡Ah!...

MARGARITA. ¿Qué tiene usted? ¿Qué ocurre...

D. ALVARO. Que hoy he declarado á Paula
el amor que me consume...

MARGARITA. ¿Y eso á mí...

D. ALVARO. Pero en mal hora
he faltado á mi costumbre
de callar, porque la ingrata
no quiere que indisoluble
coyunda...MARGARITA. ¿Cómo ha de ser,
hijo mio! Usted procure
consolarse... Esos son golpes
de fortuna... Y en resumen,
¿qué he de hacer yo... ¡Haber callado!D. ALVARO. Yo espero que usted disculpe
mi osadía, cuando sepa...

MARGARITA. (¡Fastidio!...)

D. ALVARO. Desde la cumbre
de una cuesta hasta un barranco
profundo cayó de bruces
mi primo el conde...

MARGARITA. (¡Qué escucho!)

¡Válgame santa Gertrudis
la magna! Y ¿murió?

D. ALVARO. ¡Murió!

Carta del 15 de octubre
me da la triste noticia.MARGARITA. No me parece tan lúgubre;
pues si ha muerto sin dejar
un hijo que le sepulte,
segun creo, usted le hereda.

D. ALVARO. Es verdad.

MARGARITA. ¿Qué usted disfrute
muchos años el condado!

D. ALVARO. Mientras Paula le rehuse

¿para qué le quiero?

MARGARITA.

Paula

tiene ideas ; tan comunes!

Tal vez se habrá enamorado,
aunque ella no lo descubre,
de algun *quidam*.

D. ALVARO.

¿Es posible?

MARGARITA.

Sí; de cualquier Pedro Nuñez
ó Juan Fernandez.

D. ALVARO.

No sé,

pero de mis ojos huye...

MARGARITA.

¡Si digo... (No vendrá mal
un conde, á falta de un duque.)

Le está á usted bien empleado
el desaire que ahora sufre.

Debe usted poner su amor,
y lo hará cuando consulte
con la razon, en quien tenga
pensamientos mas ilustres.

D. ALVARO.

Señora...

MARGARITA.

Usted que dará...

no es posible que lo dude,
mas esplendor á ese título
que su antecesor inútil,
porque dicen...

D. ALVARO.

Respetemos,

al difunto, y Dios le juzgue.

MARGARITA.

No digo precisamente
que usted su boda efectúe
con una princesa. Hay damas
que aunque tan alto no suben
son dignas...

D. ALVARO.

Sí; por ejemplo,

Paulita.

MARGARITA.

(¡Este hombre es un yunque!)

Pero si ella...

D. ALVARO.

Yo la adoro,

aunque mi muerte apresure...

ESCENA XI.

MARGARITA. DON ÁLVARO. TOMÁS.

TOMÁS.

Señor, esta esquela...

D. ÁLVARO.

(*Tomándola.*) Dame.

(*Leyendo el sobre.*)

¡Cielos! ¿Tengo alguna nube en los ojos? Esta letra es de mi primo.

MARGARITA.

¿El que pudre?

D. ÁLVARO.

(*Abriendo la esquela.*)

Veamos... ¡Esta es su firma!

MARGARITA.

Vea usted la fecha...

D. ÁLVARO.

(*Leyendo.*) «Hoy lunes

3 de noviembre...» ¡Ah! ¡No ha muerto!
¡Está en Madrid! (*Lee para sí.*)

MARGARITA.

¿Sí? (Ya estuve

en peligro de estrellarme...

Recója velas el buque.)

D. ÁLVARO.

¿Quién trajo esta esquela?

TOMÁS.

Un mozo

de la posada de Antunez.

D. ÁLVARO.

¡Pues! no hay duda.—«Así que deje bajo llave los baules, iré á abrazarte.»

(*A Tomás.*) Está bien.

ESCENA XII.

D. ÁLVARO. MARGARITA.

D. ÁLVARO.

Aquí le espero; no cruce por otras calles...

MARGARITA.

Yo siento,

don Álvaro, que se frustre tan lisonjera esperanza...

D. ÁLVARO.

Lo que quiere Dios se cumple. No hay miedo que yo me arroje en un pozo ó me estrangule por eso. A mi amigo el de Écija

le dirían un embuste,
ó Dios...

EL CONDE. (*Dentro.*) ¿Dónde está mi primo?

D. ÁLVARO. ¡El es!

CONDE. (*Dentro.*) Deja que le estruje
entre mis brazos...

TOMÁS. (*A la puerta.*) El conde...

CONDE. (*Entrando.*)

No es menester que me anuncies.

ESCENA XIII.

MARGARITA. D. ÁLVARO. EL CONDE.

CONDE. ¡Oh primo! En vano reprimo...

(*A Margarita saludándola.*)

¿Es este mi primo?

MARGARITA. El es...

CONDE. ¿Don Alvaro Ponce?...

MARGARITA. Pues.

CONDE. ¡Oh primo, abraza á tu primo!

(*Le abraza.*)

D. ÁLVARO. Primo y señor, mucho gozo
tengo en ver á usted...

CONDE. ¡Qué diablo!

¡Señor!... Deja ese vocablo.—

¿Sabes que eres guapo mozo?

¿Qué importa que á Yucatan
dejáras siendo muy niño?

Si los ojos no, el cariño

te conoce, ¡voto á san!

Nuestras almas tienen eco

aunque con distinto sol

tú vegetaste español

y yo crecí yucateco.

D. ÁLVARO. Sí; mi afecto corresponde
al de usted...

CONDE. Nada de usted.

MARGARITA. (¡Cuán amable!... Bien se vé
que ha nacido para conde.)

CONDE. ¿Tú á mí de usted? ¡Qué despego!
Conde soy, mas primo soy.

- Llamémonos desde hoy
tú por tú y Alvaro y Diego.
- D. ALVARO. Sea así, pues... tú lo quieres.
CONDE. ¡Bravo!—¿Es esta señorita
tu patrona?
- D. ALVARO. Sí.
CONDE. Bendita
entre todas las mugeres.
- MARGARITA. Señor, usted me abochorna...
CONDE. Juro á Dios que no hay doncella
tan primorosa y tan bella
desde Madrid á Liorna;
y si hubiera algun blasfemo
que lo negase...
- MARGARITA. Yo estimo...
D. ALVARO. (*Aparte con Margarita.*)
¿Qué estravagante es mi primo!
- MARGARITA. No tal. Gracioso en extremo.
CONDE. ¿Qué decias?
- MARGARITA. (¿Cuál me clava
los ojos!)
- D. ALVARO. Que me enagèno
de placer al verte bueno
cuando muerto te lloraba.
- CONDE. ¿Muerto? ¿Luego ya tuviste
noticia del vuelco atroz...
¿Luego ha corrido la voz...
Sí; pensé morir, ¡ay triste!
Quebrado el eje del coche
y desbocadas las mulas,
nuestras voces eran nulas...
¿Nos despeñamos! ¿Qué noche!
Tendido en aquel desierto
sin exhalar un suspiro
me verian... No me admiro
de que me diesen por muerto;
mas despues de largo rato
me recobro, gimo, brego
y medio arrastrando llego
hasta un cortijo inmediato.
Bajo su techo pajizo
aquella pobre familia

me da un albergue, me auxilia...
 ¡Dios pague el bien que me hizo!
 Seis dias duró la cura
 no mas, y aun echo por largo,
 que soy conde, y sin embargo
 tengo buena encarnadura,
 Ello... confesar es justo,
 que aun se resiente este brazo...
 mas si fue grande el porrazo
 fue mucho mayor el susto.
 Quiso Dios por su bondad
 libertarme de aquel potro,
 pero el cochero y el otro
 ¡están en la eternidad!—
 En fin, otro coche ajusto
 sin reparar en el porte,
 y héteme, oh primo, en la corte
 contento, sano y robusto.

D. ALVARO.

Yo te doy mi parabien.

CONDE.

Mil gracias. (Otra te queda.)

¡Pobre don Claudio Cepeda!

Dios le dé su gloria, amén.

MARGARITA.

Yo tambien me congratulo...

CONDE.

Gracias. ¡Oh qué ojos! ¡Qué brio!

MARGARITA.

No se ria usted...

CONDE.

No rio.

MARGARITA.

No me adule usted...

CONDE.

No adulo.—

Ahora bien, primo del alma;
 yo me hallo en este momento

sin tener alojamiento,

¡y me estoy con esta calma!

Tiene el maldito meson

donde he venido á parar

hombres de muladar;

y un hombre de distincion...

MARGARITA.

(¡Oh, si se quedase aqui!)

CONDE.

Yo necesito un palacio.

MARGARITA.

Eso es para mas despacio...

CONDE.

¡No habrá quien me alquile...

D. ALVARO.

Sí.

CONDE.

Al precio no pongo tasa.

D. ALVARO. Ya ves; yo soy militar...
Si no...

MARGARITA. Si quisiera honrar
el señor conde esta casa...

CONDE. No digo aquí; al aire libre
durmiera yo sobre un césped
porque me llamára huésped
dama de tanto calibre;
y por ser este el hogar
de mi primo, aceptaría...;
pero gracias, alma mia,
gracias. No quiero abusar...

MARGARITA. ¿Me hace usted ese desaire
porque no es digna mi choza
de hospedar...

CONDE. Sí tal. (¡Qué moza!)
Mas no debo... (¡Qué donaire!)

MARGARITA. Ruego á usted...

CONDE. ¿Rogar? Precepto
es, señora, para mí
la... Basta: me quedo aquí.

MARGARITA. Sentiria...

CONDE. ¿Nada! Acepto.
Mas ya llegará mi turno,
y espero...

MARGARITA. (*Llamando: poco despues llegan los criados,
les habla aparte Margarita, y entran en
la habitacion de la derecha.*)

¡Juana, Tomás,

Gil!

CONDE. ¿Qué tienes tú, que estás
cabizbajo y taciturno?

D. ALVARO. Nada.

CONDE. Vaya, aunque te ahorres
de decirlo... estoy al cabo...

D. ALVARO. ¿Cómo?

CONDE. No es moco de pavo
el condado de Alba-torres.

D. ALVARO. ¡Diego!

CONDE. Es petardo y no flojo,
y desengaño muy triste
verme aquí cuando creiste

que habia cerrado el ojo.

D. ALVARO.

¡Don Diego!...

CONDE.

Y acá inter nos,
yo no extraño... Antes me allijo...

D. ALVARO.

¡Señor don Diego!

CONDE.

Pero, hijo...
Vamos; ¡no estaba de Dios!

D. ALVARO.

Señor conde yucateco,
aunque callo y me fastidio
sepa usted que no le envidio
su condado ó su embeleco.

CONDE.

¿Te enfadas? ¡No seas niño!
Una chanza...

D. ALVARO.

A mí me sobra
para vivir sin zozobra
con esta espada que ciño.
No es hijo de la codicia
el pesar que me atormenta,
ni tengo que darte cuenta...

CONDE.

Perdona: he dado una picia.

D. ALVARO.

¡Oh!... Me voy...

CONDE.

No te escabullas...

D. ALVARO.

Por no...

CONDE.

¡Si digo que es broma!

MARGARITA.

(*Aparte al conde.*)

¡Eh! con su pan se lo coma
si se pica...

D. ALVARO.

¿A mí con pullas?

CONDE.

¡Bien, hombre! Ya las suprimo.
Tu primo el conde responde.

D. ALVARO.

¡Eh, ¿qué primo ni qué conde!...
Desprecio al conde y al primo.

ESCENA XIV.

MARGARITA. EL CONDE.

MARGARITA.

¡Qué insulto y qué sinrazon!

CONDE.

¿Hase visto parlachin?...
¡Eh! le perdono, que al fin
es hijo de un segundon,
y para un conde presunto

ha sido fatal hallazgo
que en lugar del mayorazgo
se le aparezca el difunto.

(Vuelven á salir los criados, y se retiran por el foro.)

MARGARITA. Puede usted ya entrar...

CONDE.

¿Adónde?

MARGARITA. A su aposento. Aquel es.

CONDE. ¿Que me place! Hasta despues.

MARGARITA. Beso á usted la mano, conde.

CONDE. Yo la de usted; mas mi norma
es, señora, diferente,
que usted lo hace verbalmente,
y yo...

MARGARITA. ¿Cómo?

CONDE. *(Besando la mano á Margarita.)*

En esta forma.

MARGARITA. ¡Eh! ¿Qué audacia!...

CONDE.

¡Oh! Yo no pecco.

Vengo de climas lejanos...

Así se besan las manos
en estilo yucateco.

(Entra en la habitacion de la derecha.)

ESCENA XV.

MARGARITA.

Si fuera un hidalgo á secas...

Pero un conde, y tan selecto...

¡Galantes son, en efecto,
las costumbres yucatecas!—

A ser mi huésped se allana

y, ó me engaña el corazon,

ó él cumple la prediccion

de la donosa gitana,

y aunque el tutor importuno

con mi altivez no transije,

bien dije yo cuando dije:

de conde abajo... ¡ninguno!

(Vase por la puerta de la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

PAULA: JACINTA.

PAULA. (*Acabando de leer una carta.*)

¡Ay dolor! ¡Ay desventura!...

JACINTA. ¿Qué tiene usted, señorita?

Esa carta...

PAULA. ¡Es mi sentencia
de muerte; es la despedida
de Don Alvaro!

JACINTA. ¿Es posible!...

PAULA. Se ha figurado que es víctima
de mi desden y se aleja
desesperado. ¡Ah Jacinta!

yo soy la funesta causa

de su pena y de la mía;

yo cuyo injusto rigor

su corazón martiriza;

yo á quien acusa de ingrata...

¡y diera por él mi vida!

JACINTA. Amor y rigor; cruel

y apasionada... ¿Qué enigma

es este? Yo que no entiendo

tan discreta algarabía,

juraría que la causa

de su fuga es muy distinta.

¿Cuál?

PAULA.

JACINTA.

Que le hace mal estómago

la llegada intempestiva
de su primo, pues por ella,
cuando ya se relamia
con el título de Conde,
se queda el pobre *per istam!*

PAULA.

No. Su noble corazón
no se abre á la baja envidia.
ni al vil interés. Acaso
su delicadeza misma
le inspira resolución
tan amarga... ¡Oh! todavía
será tiempo. Aun estará
en su cuarto... Corre, amiga;
dile que deseo verle,
hablarle...

JACINTA.

Pero...

PAULA.

Anda aprisa.

ESCENA II.

PAULA.

(*Leyendo.*)

» Adios, ingrata señora.
Dichoso yo si me libra
una bala de mi triste
existencia, pues la mira
con tal desprecio la hermosa
á cuyos pies la rendia.» —
¡Yo despreciarle, Dios mio!
¡Qué ceguedad! ¡Qué injusticia!
¡Pero es mucho que lo crea
si ayer hui de su vista...
Mas ¡por qué no recordar
que antes con grata sonrisa
le escuché cuando conceptos
amorosos me decia?
¡Por qué olvida que mi llanto
corriendo por las mejillas
mostraba cuán doloroso
sacrificio me exigia
el pundonor!... ¡Ah! ya viene

¡Albricias, amor, albricias!

ESCENA III.

PAULA. DON ÁLVARO.

- PAULA. Venga usted, santo varon.
- D. ALVARO. ¡Paula...
- PAULA. ¡Manda el rey de España que salga usted á campaña, ó que esté de guarnicion?
- D. ALVARO. Yo he solicitado, á ley de buen soldado, el lugar mas digno...
- PAULA. Usted debe estar donde se lo manda el rey. Tambien es puesto de honor guardar á su magestad.
- D. ALVARO. Sí señora, eso es verdad, mas yo me hallaré mejor...
- PAULA. ¡Y su hospedage abandona un noble de esa manera...
- D. ALVARO. ¡Paula!...
- PAULA. ¡Sin decir siquiera: quede usted con Dios, patrona?
- D. ALVARO. Ya la escribí...
- PAULA. ¡Singular despedida!
- D. ALVARO. Yo... Mi objeto...
- PAULA. ¡Y á qué escribir al sugeto con quien podemos hablar?
- D. ALVARO. ¡Y me lo pregunta ¡ay Dios! la misma muger que impía me dijo ayer que se abria un abismo entre los dos!
- PAULA. Amor á veces se esconde bajo el velo del desden.
- D. ALVARO. ¡Oh! Aquel jamás...
- PAULA. ¡Pero quién le mandaba á usted ser conde?
- D. ALVARO. ¡Cómo!
- PAULA. Eso era ya capítulo de otra cosa.

- D. ALVARO.** No comprendo...
Pues ¡aquel abismo horrendo...
PAULA. Era el condado, era el título.
D. ALVARO. ¡Oh dicha! ¡Oh placer inmenso!
¡Luego me amabas, y fui
tan...
PAULA. A don Alvaro sí,
pero al conde... ¡ni por pienso!
D. ALVARO. ¿Por qué tienes mala idea
de los condes? No eres justa...
PAULA. ¡Oh! la escelencia me asusta;
me horripila la librea.
D. ALVARO. Pero, hija...
PAULA. ¿Condesa yo?
¡Nunca: así el cielo me valga!
No es razon que nadie salga
de la esfera en que nació.
D. ALVARO. No temas que yo te arguya;
que es la tuya en mi opinion
estraña preocupacion,
mas la respeto por tuya.
PAULA. Por dicha para los dos
no eres conde; ya no gimo
por la muerte de tu primo.
¡Mil años le guarde Dios!
Y ya puedo sin rebozo,
pues don Alvaro te llamo,
no mas, confesar que te amo...
D. ALVARO. ¡Me amas! ¡Yo muero de gozo!
Por verla en tu frente ¡oh cara!...
¿y en dónde mejor, en dónde?—
no la corona de conde,
la de rey ambicionara;
que por tus ojos serenos
te lo juro una y mil veces;
tanto mas tú la mereces
cuanto la desees menos;
y aunque modesta y secilla,
bien podrias, vive Dios,
eclipsar á mas de dos
ricas hembras de Castilla.
PAULA. Si como en lodo la perla

en otras frentes la ves,
 don Alvaro, mejor es
 no llevarla, y merecerla.
 A su brillo sustituya
 la que nos teje el amor;
 ¿y qué título mejor
 que el de ser esposa tuya?

D. ALVARO. Primo, que así me socorres
 resucitando, ¡bien hecho,
 bien!... Hágate buen provecho
 tu condado de Alba-torres,
 y vuélveme en hora buena
 tu rostro, fortuna calva,
 si el no ser conde me salva,
 y el ser conde me condena.

PAULA. Cuando nos una Himenco
 nos basta, sin esa herencia,
 para vivir con decencia
 la renta que yo poseo.

D. ALVARO. Ah!... (¡Ya se aguló mi placer!)

PAULA. Seis mil ducados...

D. ALVARO. ¡Guarismo
 terrible!

PAULA. ¿Cómo!

D. ALVARO. ¡Otro abismo
 mas profundo que el de ayer!

PAULA. ¿Mi renta?

D. ALVARO. ¡Sí! También yo
 diré, y valga lo que valga;
 «no es razon que nadie salga
 de la esfera en que nació.»

PAULA. ¿No hay en los dos igualdad?

D. ALVARO. No. ¡Un patrimonio soberbio,
 y yo....

PAULA. Mas...

D. ALVARO. Dice el proverbio:
 dineros son calidad.

PAULA. Mas tú no eres un cualquiera.

PAULA. Ya eres capitán, y andando
 el tiempo... Yo no te mando
 que abandones tu carrera.

D. ALVARO. No tal; pero, en conclusion,

mientras asciendo ó no asciendo,
como un padre reverendo
comeré de mogollon.

PAULA. Tanta vanidad me pica.

D. ALVARO. A la de usted corresponde.

Usted no me quiso conde:

yo no la quiero á usted rica.

PAULA. Se desdeña usted acaso

de deberme á mí un favor?

D. ALVARO. No; pero dirán... ; horror!

que por interés me caso.

PAULA. ;Adios esperanzas muertas!

Con que , para ser mi esposo

este señor ¿es forzoso

que me quede yo por puertas?

D. ALVARO. ¿Qué quieres! Todo es extremos...

Cuando yo bajo tú subes;

bajas tú, y yo por las nubes..

;Ah! nunca nos casaremos.

PAULA. Mas dista un conde de mí

que disto yo de un hidalgo.

D. ALVARO. Paula, yo sé lo que valgo.

¿Puedo compararme á tí?

PAULA. ;Válgame Dios, capitán!..

Mas si alguno lo ha de hacer,

¿á quién le toca ceder:

á la dama, ó al galán?

No imite usted mi manía,

que eso es obrar como un niño

y ya que no por cariño

ceda usted por cortesía.

D. ALVARO. Señora, esto no es desden

ni grosería, es que yo...

PAULA. Con que ¿no hay arbitrio?

D. ALVARO. ;No!

PAULA. Pues señor... ;estamos bien!

D. ALVARO. Habremos de conformarnos...

PAULA. ;Ah! dos amantes tan tiernos...

D. ALVARO. ;Amarnos, y no entendernos!

PAULA. ;Querernos, y no casarnos!

D. ALVARO. Por mas que el alma lo sienta...

PAULA. ;Tan entusiasmado ayer,

y hoy..

D. ALVARO. ¿Quién te manda tener
seis mil ducados de renta?

PAULA. ¿Quién te manda á tí ser tonto?

D. ALVARO. No, sino infeliz. ¡Ay triste!

PAULA. ¡Ah!... Mas si en eso consiste,
nos casaremos, y pronto.

D. ALVARO. ¿Cómo!...

PAULA. Ningun sacrificio
es costoso á mi deseo.

Con la renta que poseo
voy á fundar un hospicio.

D. ALVARO. ¡Paula!...

PAULA. Hasta el último ochavo...

D. ALVARO. Pero...

PAULA. Sí; de cualquier modo
mañana salgo de todo.

¡No me ha de quedar un clavo!

D. ALVARO. ¡Locura!

PAULA. ¡A ver si te obligo
á proceder como debes!

¡A ver si entonces te atreves
á no casarte conmigo!

D. ALVARO. ¡Por Dios!..

PAULA. Viéndome sin pan,

quizás, aunque no te sobre,
partirás con esta pobre
tu racion de capitan.

D. ALVARO. ¡Y quieres ser infelice
por mi amor, muger tenaz!

(¡Y es que, en electo es capaz
de hacerlo como lo dice!)

Tus rentas...

PAULA. Me causan tedio
Si no aceptas su traspaso.

D. ALVARO. (¡La arruino si no me caso!—

Me casaré... ¡No hay remedio!

Pero mal provecho me haga

lo que gaste para mí

si escede un maravedí

de la mitad de mi paga.)

PAULA. Basta. ¡Usted no me ama! Usted...

- D. ALVARO. No; ya cedo, prenda amada,
Me pones entre la espada...
- PAULA. ¡Dueño mio!
- D. ALVARO. ¡Y la pared!
- PAULA. ¡Oh ventura! ¡Hoy pierdo el juicio!
¡Me das palabra..
- D. ALVARO. Sí, sí;
porque mas te quiero á tí
que á los pobres del hospicio.
- PAULA. ¡Gracias, valiente adalid!—
Pero ¡ay recuerdo funesto!
Tú ibas... Tú estabas dispuesto
á alejarte de Madrid,
- D. ALVARO. Sí. Tu desaire cruel
¿me dejaba otro recurso?
Pero aun no habrá dado curso
á mi instancia el coronel,
y con mucho sentimiento,
porque hay cierta simpatía
entre él y yo, me vería
pasar á otro regimiento.
- PAULA. ¡Ah! corre; no te detengas
¡Corre!
- D. ALVARO. Pero... ¿no me das...
- PAULA. La mano... porque te vas.
(*Le da la mano.*)
- D. ALVARO. Y un abrazo...
- PAULA. Cuando vengas.

ESCENA IV.

PAULA.

¡Qué desinterés! ¡Qué nobles
sentimientos! Es don Alvaro
un perfecto caballero.
No así el conde americano,
que es el ente mas ridículo...
Mas su voz si no me engaño,
es la que oigo allí... Me voy
por no mirarle. ¡Hum!... No en vano
reniego yo de los títulos

como de la cruz el diablo.
(Entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA V.

EL CONDE, *de gala*. DON TADEO.

CONDE. ¿Adónde irá tan de prisa por esa escalera abajo mi señor primo? ¿Y vió usted cómo me apretó la mano y con qué cara de pascua me dijo á Dios? Sin embargo, aunque el misero hace tripas de corazón... No; al contrario: de tripas...

D. TADEO. Lo mismo da.

CONDE. Estaría mas ufano si yo no hubiera salido de aquel maldito barranco.

D. TADEO. Usted no le hace justicia. Su caracter es hidalgo como su nombre...

CONDE. No sé... Como yo no le he tratado... Pero, al fin, es deudo mio... Protegeré á ese muchacho; le protegeré.

D. TADEO. ¿Y qué tal le han tratado á usted en palacio?

CONDE. Me ha recibido muy bien Felipe Quinto.

D. TADEO. Lo aplaudo.

CONDE. Me ha llamado primo.

D. TADEO. ¡Bueno!

CONDE. Ese es uno de los altos privilegios de mi cuna; aunque, á fé de buen cristiano, su parentesco conmigo... no le alcanzaria un galgo. Lo que mas me lisonjea

es el amable agasajo
 con que se ha dignado hablarme.
 Ya se vé; mi desenfado
 natural... Mas de una vez
 han sonreido sus labios
 al escuchar mis felices
 ocurrencias.

D. TADEO.
 CONDE.

No lo extraño.
 Y al despedirme me ha dicho:
 venme á ver de cuándo en cuándo.

D. TADEO.

Pues si con tanto favor
 le recibe á usted, acaso
 le empleará...

CONDE.

Sí; tal vez
 una plaza en los escaños
 del consejo... Mas prefiero
 mi independenciam.

D. TADEO.
 CONDE.

¿Sí? Alabo...
 Tengo rentas que me sobran
 para no importarme un rábano
 los favores de la corte.

D. TADEO.

(¡Qué señor tan liso y llano!)
 ¿Y no piensa usted casarse
 de segundas nupcias?

CONDE.

Algo
 sobre ese particular
 su magestad me ha insinuado.
 Querrá casarme tal vez
 de real orden... ¡Guarda, Pablo!
 Pero yo soy en extremo
 popular, despreocupado;
 ó, si usted quiere, un sí es no es
 grotesco y estafalarío
 en mis caprichos, y luego...
 no es justo que sea esclavo
 mi corazón de importunas
 etiquetas y de... ¿Estamos?

D. TADEO.
 CONDE.

Ya.
 Por un par de cuarteles,
 por un par de garabatos
 mas ó menos en su escudo,
 no es razon que un hombre blanco

se case contra su antojo
y así..., por razón de estado.
No; que podrán endosarme,
si solo consulto su árbol
genealógico, una novia
que no valga siete cuartos;
porque, amigo mío, es mucho
lo que va degenerando
la prosapia de los héroes.

¿Quién reconoce á Gonzalo
de Córdoba ó á Rodrigo
de Vivar en esos vástagos
encanijados y enclenques
que hoy pascan por el Prado?

D. TADEO.
CONDE.

Por cierto, que es una lástima...
¿Qué lástima... ¿Es un escándalo!
¿Oh! es preciso que se crucen
las castas...

D. TADEO.
CONDE.

Sí; es necesario...
Indispensable, forzoso,
urgente; ó de aquí á cien años
dudarán si nuestros nietos
son hombres, ó renacuajos.

D. TADEO.
CONDE.

(Es divertido este conde.)
Pero ¿sabe usted, hablando
de otra cosa, que esas chicas...
las pupilas, son un pasmo
de belleza y discrecion?

D. TADEO.
CONDE.

Favor que usted...
No las hago
sino justicia. Supongo
que tendrán ambas su cacho
de novio.

D. TADEO.
CONDE.

¿Eh! Creo...
¿Y qué tal
lo pasan de dote? ¿A cuánto
podrá ascender...

D. TADEO.

Cada una
posee seis mil ducados...
¿De renta, ó de capital?

CONDE.

D. TADEO.

De renta.

CONDE.

De renta..., vamos...

Para lo que ellas merecen
no es gran cosa ; pero al cabo...
para quien sepa apreciar
sus virtudes, sus encantos...
Dígalas usted que cuentan
con mi proteccion.

D. TADEO.

¡ Cuidado...

CONDE.

¿ Eh ?

D. TADEO.

¡ Con esas protecciones !

CONDE.

No piense usted que yo trato
de... ¡ Vaya ! Absténgase usted
de hacer juicios temerarios.

D. TADEO.

Como usted es todo un conde,
y ellas...

CONDE.

Yo soy algo raro ,
pero en punto á la moral...

¿ Y daría yo ese pago
á quien me hospeda en su casa ?

D. TADEO.

Perdone usted.—Mas no alcanzo...

CONDE.

Conde y todo, sepa usted
que tengo mi alma en mi almarío,
y que sí *pallida mors*,
como dijo Horacio Flaco ,
mide por igual rasero
las chozas y los palacios ;
pauperum....

D. TADEO.

Ya.

CONDE.

Amor tambien
suele hacer esos milagros.

D. TADEO.

¡ Qué ! ¿ Usted...

CONDE.

En una palabra,
ya estoy si caigo , ó no caigo
en la dulce tentacion
de ofrecer mi ilustre mano
á una de las dos.

D. TADEO.

¿ A cuál ?

CONDE.

Eso no lo veo claro
todavía. Entrambas son
de mi superior agrado.

¿ A cuál le parece á usted
que elija ? El asunto es árduo.

D. TADEO.

¿ Qué me sé yo ? Usted consulte

con su gusto.

CONDE.

Es que... divago...

D. TADEO.

O con el de ellas, mas bien.

CONDE.

Eso es lo mas acertado,
que lo demas es echar,
como dice aquel adagio,
la cuenta sin... Como conde
me querrán las dos; es llano;
ahora, en cuanto á hombre...—¿Está usted?—
ya es harina de otro saco.

D. TADEO.

Mas yo quiero ser querido
por mí; no por mi condado.

CONDE.

Es muy justo.—Pero temo
que usted se esté chanceando.
¿Chancearme? El diablo lleve
mis plantíos de cacao
y mis ingenios de azucar
si no estoy enamorado...
de cualquiera de las dos.

D. TADEO.

¡Vaya un hombre campechano!

CONDE.

Los señores yucatecos
queremos... por duplicado.
No me caso...; el caso es este;
ó en esta casa me caso.

D. TADEO.

Tanto honor...

CONDE.

Pero ha de ser
á gusto y con beneplácito
de todos, y para ello
es fuerza tentar el vado...

D. TADEO.

Sí.

CONDE.

Usted no se ofenderá
porque yo dé ciertos pasos...

D. TADEO.

Nada de eso; mas yo haré
lo que hizo Poncio Pilato.

CONDE.

¡Demonio! ¿Qué hará usted...

D. TADEO.

Nada;
callar, lavarme las manos,
y que hagan ellas su santa
voluntad; que ya estoy harto
de lidiar con mis pupilas,
y tendré á usted por un santo
si acierta á quitarme pronto

CONDE.

la mitad de mis cuidados.
 Pues, con permiso de usted,
 voy ahora mismo... Sí; el llanto
 sobre el difunto. Una carta...
 Yo soy hombre que no me ando
 por las ramas. Hasta luego...
 Errar, ó quitar el banco.

ESCENA VI.

DON TADEO.

¿Que todos estos señores
 hayan de tener su ramo
 de locura!—Mas ¿por qué
 llamar locura á ese rasgo
 de desinterés, de amable
 popularidad? Ha dado
 razones... A la verdad,
 no es tan solemne gahnápiro
 como me habian escrito,
 y aunque es algo chavacano
 y vulgar en sus modales...
 ¿Si será fruto bastardo
 el conde de alguno de esos
 cruzamientos que ha insinuado?—
 No. ¿Bah! ¿Si es hijo legítimo!...
 ¿Dios nos libre de tan malos
 pensamientos!

ESCENA VII.

DON TADEO. MARGARITA.

MARGARITA.

¿Don Tadeo!

D. TADEO.

¿Hola, Margarita!

MARGARITA.

¿Hay algo?

D. TADEO.

¿De qué?

MARGARITA.

¿Se ha explicado el conde?

D. TADEO.

¿Sobre qué?

MARGARITA.

Sobre... ¿Ha pensado...

D. TADEO.

¿En qué?

- MARGARITA.** Ya me entiende usted.
En mí.
- D. TADEO.** ¿Para qué?
- MARGARITA.** ¡Yo me aspo!
- D. TADEO.** ¿Por qué?
- MARGARITA.** Si usted me responde con preguntas, no acabamos en todo el día.
- D. TADEO.** Pues habla.
- MARGARITA.** Yo sé que le di flechazo apenas llegó.
- D. TADEO.** Tal vez.
- MARGARITA.** Y si creo en los halagos de mi corazón...
- D. TADEO.** Quizá...
- MARGARITA.** Y en el dichoso presagio de la gitana...
- D. TADEO.** ¿Quién sabe...
- MARGARITA.** No sería extraordinario...
- D. TADEO.** Puede.
- MARGARITA.** Que el conde...
- D. TADEO.** Es factible...
- MARGARITA.** Pretenda que dulce lazo...
- D. TADEO.** Todo cabe...
- MARGARITA.** Nos estreche...
- D. TADEO.** Si Dios...
- MARGARITA.** Con mil de á caballo, acabe usted de explicarse.
- D. TADEO.** Él se explicará mas claro. Ya me ha dicho, por de pronto, mil elogios...
- MARGARITA.** ; De mí! ; es claro.
- D. TADEO.** De las dos; y al parecer, no está lejos de un contrato matrimonial...
- MARGARITA.** ; Oh! Conmigo.
- D. TADEO.** ; A saber...! Entró en su cuarto... Creo que va á declararse por escrito...
- MARGARITA.** No hay dudarlo; ; Yo soy...
- D. TADEO.** No sé. Ya le he dicho

que en esto ni entro ni salgo;
que allá os gobernéis vosotras;
que ya me aburro, y me canso,
y me... Con que, abur. Me voy
á tomar el sol un rato.

ESCENA VIII.

MARGARITA.

¡Hum... qué posma! ¡Estoy tan harta
de la tutoría y de él!...
Pero el conde me ama, y ya
puedo darme el parabien...

ESCENA IX.

MARGARITA. TOMAS.

MARGARITA. (Tomás sale de su cuarto.

Lleva en la mano un papel...

La declaracion de amor...)

(A Tomás, que se dirige á la puerta de la izquierda.)

¿Aónde... ¿Eres ciego! Ven...

TOMAS. ¿Qué manda usted, señorita?

MARGARITA. ¿No te han dicho que me des
esa carta?

TOMAS.

No, señora.

Me han dicho que es...

MARGARITA.

¿Para quién?

TOMAS.

Para la otra señorita.

MARGARITA.

¡Bah! ¿Para mi hermana?

TOMAS.

Pues...

Eso ha dicho el señor conde.

MARGARITA.

¿Qué necio... No puede ser.

(Tomándole la carta.)

¿A ver el sobre? ¡Está en blanco!

TOMAS.

Yo...

MARGARITA.

Sin embargo, yo sé
que te equivocas.

TOMAS.

No tal,

que me ha dicho, y no en francés,
dásela en su propia mano
á doña Paulita.

MARGARITA.

Bien;

si es verdad, ... tómala y anda.

TOMAS.

(Tomando la carta.)

Con su permiso de usted.

ESCENA X.

MARGARITA.

¿Habré yo formado, cielos,
otra torre de Babel
en mi cabeza? ¿Es posible
que haga el conde la sandez
de preferir á mi hermana? —
¿Y los requiebros de ayer?
¿Quién creyera... Me he quedado
fria como esa pared. —
Mas quizá sea la carta
indiferente; ó tal vez,
no atreviéndose á escribirme,
por temor de mi desden,
directamente, se vale
de mi hermana... Sí; eso es.

ESCENA XI.

MARGARITA. TOMAS.

MARGARITA. ¿Se la has dado?

TOMAS.

Sí, señora.

La abre, la empieza á leer,
y colorada se pone
como un tomate, y cruel
hace de la pobre carta
cinco pedazos ó seis. —

(Mostrándolos.)

Aquí estan.

MARGARITA. *(Arrebatándoselos.)*

Vengan aquí.

(Leyendo en uno.)

«Perla oriental, bello Argel
donde cautivo suspira
mi corazón, tengo sed
de tu cariño...» Y aquí:

(Leyendo en otro.)

«Seré tu marido fiel...»
¡Basta! ¡Fatal desengaño!
¡Ella es la elegida!...

(Devolviendo á Tomas los pedazos de la carta.)

Ten.—

Con que, ¿la rompió furiosa?
¿Y qué te dijo después?

TOMAS.

«Así respondo yo á necias
pretensiones.»

MARGARITA.

(¡Oh placer!)

Corre; que el conde estará
con la boca hecha una miel
esperando la respuesta.

TOMAS.

Ya voy. ¡Plegue á Dios, amen,
que en albricias de su triunfo
no me arrime un puntapié!

ESCENA XII.

MARGARITA.

Para Paula era el billete;
no hay duda. ¡Qué estupidez!
A ella, vulgar criatura,
tributa su amante fé,
¡y á mí me posterga, á mí,
dama de tan alto prez!
Ó el conde no es el Mesías
matrimonial que me fue
profetizado, ó tendrá
la cabeza á componer.
Pero Paula me ha vengado
despreciando su oropel.
¡Oh qué buena hermana! Ahora

la daría un beso... ¡Tres!—
Él sale... ¡Fa, Margarita,
o des tu brazo á torcer!

ESCENA XIII.

MARGARITA. EL CONDE.

- CONDE. (¡A mí un desaire tan gordo
cuando con tales extremos...
Pero aquí está la otra... Demos
una virada de bordo.)
- MARGARITA. (Me mira, calla, medita...)
- CONDE. (Linda es también.—Voy allá...)
(*Acercándose*)
¡Margarita!
- MARGARITA. ¡Conde...
- CONDE. ¡Ah
Margarita, Margarita!
¿Merezco yo la respuesta
que á mi ruego amante das?
(La otra me gustaba mas,
pero apechugo con esta.)
- MARGARITA. ¿Qué respuesta ni qué ruego...
- CONDE. ¿No acabas de contestar
á mi amor epistolar
haciendo añicos el pliego?
- MARGARITA. ¿Cómo! Pues...
- CONDE. ¡Cruel acción!
- MARGARITA. ¿Era yo objeto del voto...
- CONDE. Con la epístola me has roto
las alas del corazón.
- MARGARITA. ¡Bah! no caigo en esa red.
- CONDE. Ni el mismo Amadis de Gaula...
- MARGARITA. Que no era yo, sino Paula,
á quien escribía usted.
- CONDE. No era á Paula, sino á ti.
- MARGARITA. ¡Pues si me dijo el criado
que usted le había mandado
dársela á ella; no á mí.
- CONDE. ¡A ella mi condado pingüe!
¡A ella mi amor!... ¡Voto al chápíro!...

Ó me oyó mal el gahnápiro,
ó yo solté un *lapsus lingua*.

MARGARITA. Él me mostró, haciendo muñecas,
el sobre sin direcciu...

CONDE. Si: estaba en blanco... Estas son
precauciones yucatecas;
pues ya que arrostre un desden
todo un conde como yo,
harto es que le digan nó,
sin que el mundo sepa quién;
por eso en la carta escrita
no debe causarte asombro,
Margarita, si no nombro
á Paula ni á Margarita;
pero un chiquillo del aula
podrá conocer, oh bella,
que me dirijo con ella
á Margarita, y no á Paula.

MARGARITA. ¿Será cierto...

CONDE.

Es evidente.

MARGARITA. Paula me leyó el papel
en que hablaba usted de Argel
y de... perla del Oriente...

CONDE. Ahí ves claro como el sol
que tu amor me despepita,
porque perla y Margarita...,
todo es uno en español.

MARGARITA. Con efecto.

CONDE.

¿Qué magníficos
conceptos amor sugiere!

MARGARITA. Pero el que de veras quiere
no se anda con geroglíficos.

CONDE.

Pero al buen entendedor,
ya sabes...

MARGARITA.

Ya sé el adagio.

CONDE.

Y el que rebela un naufragio
mira á habor y estrifur.

MARGARITA. ¿Qué, en fin, á nupciales lazos
me brinda usted...

CONDE.

Si, mi hechizo.

¿Que, en fin, no eres tú quien hizo
de mi carta mil pedazos?

MARGARITA. No señor; mas temo aún...

CONDE. ¿Yo dudar entre los dos?
 ¡Qué absurdo! Gracias á Dios,
 tengo sentido comun.
 Pues dime, aunque yo prescinda
 tentado por Belcebú,
 ella linda y linda tú,
 de que eres tú la mas linda,
 ¿tiene su cara plebeya,
 por ventura, el señorío
 que hay en la tuya, y tu brio,
 y en fin, tu prosopopeya?

MARGARITA. ¡Oh! eso sí. Nadie me niega...

CONDE. ¡Vaya! entre miles y miles
 distingo yo los perfiles
 de una cara solariega;
 que tambien hay gerarquías
 en las caras de las gentes,
 sin que influyan los parientes
 en tales anomalías;
 y pues sube ya mi gloria
 mas alta que Guadarrama,
 en la cara de mi dama
 busco yo su ejecutoria.

MARGARITA. Aunque yo me ruborice,
 puedo afirmar, caballero,
 que no es usted el primero
 que lo observa y me lo dice.

CONDE. Perdóneme mi difunta
 lo que el alma premedita;
 ¿mas quién no ve en Margarita
 una condesa presunta?

MARGARITA. Me honra mucho ese concepto;
 ¿pero presunta, y no mas?

CONDE. Efectiva lo serás
 si aceptas mi mano.

(*Se la presenta.*)

MARGARITA. (*Tomándola.*) Acepto.

ESCENA XIV.

PAULA. EL CONDE. MARGARITA.

PAULA. (¿Qué veo!) ¿Has perdido el juicio?
¿Qué es esto?

MARGARITA. ¡Estraña pregunta!

Era condesa presunta:
ya lo soy en egercicio.

PAULA. ¿Cómo!... Y no há mucho que yo...

CONDE. Permítame usted que explique...

PAULA. ¡Por un despique...

MARGARITA. ¿Despique!

CONDE. No hay despique; un *quid pro quó*...

PAULA. No entiendo...

CONDE. Aquella esquelita,

hecha trizas en mal hora,
no era para usted, señora,
que era para Margarita.
Culpa del criado fue
que equivocó mi recado.

PAULA. ¡Válgate Dios por criado!

CONDE. Perdone usted...

PAULA. No hay de qué.

CONDE. No como á amante importuno;
míreme usted como á hermano...

MARGARITA. (En voz baja á Paula.)

¿Eh? No decia yo en vano:
de conde abajo, ninguno.

PAULA. Dios os haga bien casados.

CONDE. Mil gracias.—No habrá rencor
entre los dos...

PAULA. No, señor.

CONDE. Porque ya somos...

PAULA. ¡Cuñados!

CONDE. Pues cifro mi dicha toda
en que nos una Himeneo,
cuando vuelva don Tadeo
dispondremos nuestra boda,
y verás con qué delicia,

y con qué...

TOMÁS. *(A la puerta.)* ¡Señor! ¡Señoras!

MARGARITA. ¿Qué traes? ¿Por qué te azoras?

TOMÁS. ¡La justicia!

MARGARITA Y EL CONDE. ¡La justicia!

ESCENA XV.

PAULA. EL CONDE. MARGARITA. UN JUEZ. ALGUACILES.

JUEZ. Saludo...

PAULA. ¡En mi casa un juez!...

JUEZ. Yo siento mucho, señoras, haber de causar á ustedes un pesar, pero no hay forma de escusarlo.

MARGARITA. *(¿Qué será?)*

JUEZ. *(Con una cortesía.)*
Creo que tengo la honra de saludar al señor conde de Alba-torres.

PAULA. *(¡Hola!)*

CONDE. *(¡Cielos!)*

MARGARITA. Con efecto...

CONDE. Pero...

JUEZ. Pues si vucencia se toma la molestia de seguirme...

CONDE. ¿Adónde?

JUEZ. Orden perentoria de su magestad señala la cárcel de la corona para que sirva á vucencia de habitacion, y mi toga me impone el deber...

CONDE. ¿Yo preso?

¿Por qué? *(Me tiemblan las corbas.)*

MARGARITA. ¿Qué motivo...

JUEZ. No es posible revelarlo por ahora.

MARGARITA. Causa de estado quizá...

JUEZ. Quizá.

PAULA. *(Esto pica en historia.)*

CONDE.

¡Apenas llego á Madrid
me envían á una mazmorra!

JUEZ.

¿Mazmorra? No, que vucencia
será tratado con toda
la atención de que es muy digna
tan elevada persona.

CONDE.

Gracias por tanto favor,
pero...

JUEZ.

Iremos en carroza.
Ya la tengo prevenida...

CONDE.

Aunque me lleve á mi costa...

JUEZ.

Es claro...

CONDE.

Lo estimo mucho;
pero la cárcel no es cosa
muy de mi gusto.

JUEZ.

Lo creo.

CONDE.

No porque tengo zozobra
ninguna, que mi conciencia...

MARGARITA.

Acaso alguna alevosa
calumnia...

CONDE.

Es claro. ¿Y quién sabe
si el señor juez se equivoca...

JUEZ.

No. la orden es positiva,
terminante. (*Sacando la orden.*)

Aquí se nombra...

Véalo vucencia.

(*El Conde echa una ojeada al papel que le presenta el
juez.*)

Al conde

de Alba-torres.

CONDE.

Cierto. (¡Es droga!)

¿Pero acaso he dicho yo
que lo soy?...

JUEZ.

¿Cómo?...

PAULA.

(¡Esta es otra!)

JUEZ.

¿Niega vucencia...

CONDE.

No niego; —

es decir... Pero suponga
usia... En Madrid hay carta
que asegura y corrobora
mi muerte... Esto es; la del conde.
Ello es que desde una loma

el coche de su excelencia...
 Esto es; el mio; en mal hora
 desbocado... Esto es; las mulas...

JUEZ.

CONDE.

No entiendo esa gerigonza.
 Quiero decir que es muy fácil
 que el asunto se componga.
 Ya me han llorado difunto...
 Digo; al conde que está en gloria.—
 Supongamos que, en efecto,
 descanso bajo una losa...

¡Pues!—Y si hay que hacer algun
 donativo á la parroquia...

JUEZ.

¡Eh! basta ya, señor conde.
 Yo no suscribo á tramoyas
 semejantes.

MARGARITA.

¿No ve usia
 que todo es pura chacota?
 El conde es quien es y nunca
 lo desmentirán sus obras.
 Si envidiosos le denigran,
 luego que sea notoria
 su inocencia, confundidos
 quedarán; y si le agobia
 el peso de la impostura,
 de la iniquidad, ¿qué importa?
 A la par de su infortunio
 crecerá mi amor.

CONDE.

¡Oh heroica
 madrileña!

JUEZ.

Y en resumen,
 ¿á qué gastamos la pólvora
 en salvas? Conde ó no conde,
 reo ó no reo, es forzosa
 su prision. Luego veremos
 lo que los autos arrojan...

CONDE.

¡No mas! Súbdito obediente
 de su magestad católica,
 preso me doy. Si un instante
 he vacilado, conozcá
 usia que ha sido efecto
 del amor que me devora.
 ¡Si, magistrado! Les ojos

de esa niña me aprisionan
 con cadenas mas tenaces
 que las que usia me forja ,...
 si bien mas dulces. Y ¡qué!
 ¿no es fatalidad, no es broma
 harto pesada arrancarme
 de los brazos de mi novia
 para encarcelarme? Pero,
 pues ella misma me exhorta,
 pues ella muestra tener
 el alma de una amazona,
 no se dirá que la mia
 se amilana y se acongoja.
 Vamos.—¡Adios, dueño mio!

MARGARITA. ¡Adios, don Diego!

CONDE. ¡Me otorgas
 un abrazo, á buena cuenta,
 ya que nuestra dulce boda
 se retarda...

MARGARITA. Amor lo manda.

CONDE. (*Abrazándola.*)
 ¡Gracias al amor! (*A Paula.*)
 Señora...

PAULA. Dios le saque á usted con bien
 de la carcel.

CONDE. (*¡Dios te oiga!*)
 Guíeme usia.—A mi primo,
 que venga á verme.—Memorias
 á don Tadeo.—¡Por Dios,
 no llores, que me destrozas
 el corazon... ¡Otro abrazo!

MARGARITA. ¡Adios!

JUEZ. ¡Basta...

CONDE. ¡Adios, esposa!

ESCENA XVI.

PAULA. MARGARITA.

PAULA. Ve aqui justificada,
 oh hermana, mi invencible antipatia
 á los señores de alta gerarquia.

MARG. ¿Por qué? ¿Porque le prenden?

PAULA. ¡Ahi es nada!

¿Tanto el amor te ciega,
ó tanto la ambicion que en él se esconde,
que á persuadirte llega
que es inocente tu adorado conde?

MARG. El corazon me dice
que mas que criminal es infelice.—

Ni temo que tan alto personaje
que descende sin duda de algun Inca,
á vulgares delitos se rebaje
si permiten los cielos que delinca.

Tal vez porque á la mengua
no se ha humillado de vender su lengua
á la lisorja infame,
la envidia de serviles cortesanos
sobrè él su inmundo tósigo derrame;
mas triunfará algun dia; y los villanos...

PAULA. De asesino ó ladron yo no le acuso
como puedo acusarle de grotesco,
que hablo á una hermana y la verdad no escuso;
pero quizá del principe tudesco
parcial oculto...

MARG. Y ¡bien! aunque lo fuera...

PAULA. Al legítimo rey traidor seria.

MARG. ¡Qué necio error! Para hombres de su esfera
no se inventó la voz de felonía,
que ennoblecen la causa que proclaman,
y las que para el vulgo son traiciones
rasgos de alta política se llaman
si las cometen ínclitos varones.

PAULA. Pero ello es que está preso
y son tristes auspicios de una boda
las fojas de un proceso;
y aunque su noble sangre visogoda
descienda de Ataulfo en derechura,
bien pudieran ahorcarle, y es locura...

MARG. Ya estoy resuelta. Seguiré su suerte.
Suya he jurado ser hasta la muerte.

PAULA. Allá te las avengas;
mas ¿quién te corre, dí, para que tengas
tanta impaciencia por hacer alarde...

MARG. Para gozar el título á que aspiro
por muy pronto que sea será tarde.

PAULA. ¡Es posible! Me admiro...

MARG. No fuera yo en conciencia
digna de encapillarme la escelencia
si por una bicoca...

PAULA. Fuerza será dejarte, que estás loca.

MARG. Al menos mi locura es de alto bordo,
y pues no hay peor sordo

que el que no quiere oír, déjame y calla.

Yo no me quiero unir con la canalla.

O condesa he de ser...

PAULA. ¡Ah Margarita!

MARG. O monja carmelita.

PAULA. Adios... Mas tú verás cómo te pesa...

MARG. ¡Nunca!

PAULA. *(Entrando en el cuarto de la izquierda.)*

¡Infeliz serás!

MARG. *(Dirigiéndose á la puerta del foro.)*

¡Seré condesa!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA. D. ALVARO. EL CONDE.

MARGARITA. Gracias, don Alvaro, gracias...

D. ALVARO. No hago mas de lo que debo en salir por fiador de mi primo. Oyó mis ruegos el bondadoso Felipe y mientras sigue el proceso consiente que por ahora se mantenga aqui en arresto.

CONDE. (*Abrazándole.*)
Alvaro, vuelve á mis brazos. Grabado para *in æternum* ese rasgo filantrópico en mi agradecido y tierno corazon...

D. ALVARO. ; Eh! nada tienes que agradecerme. Yo creo que hubieras hecho lo mismo en mi lugar.

CONDE. Sí, por cierto; pero es tanto mas plausible la fineza que me has hecho, cuanto que ya no hay hermano para hermano, y mucho menos primo para primo.

D. ALVARO. ; Eh! Deja...

- CONDE.** Y si examino y observo
que el que me da la fianza
es mi presunto heredero...
- D. ALVARO.** Por eso mismo con mas
eficacia me intereso
en tu favor.
- CONDE.** ¡Oh admirable,
heróico desprendimiento!
- D. ALVARO.** Ahora verás cuán injustas,
primo, tus sospechas fueron
creyendo que me pesaba
de que no te hubieses muerto.
- CONDE.** ¡Hombre, no! ¡Si fue una broma...
- D. ALVARO.** Antes cada vez me alegro
mas y mas de no heredarte.
- CONDE.** ¿Si? Pero ¿por qué...
- D. ALVARO.** Yo tengo
mis razones.
- CONDE.** ¿No te sientes
con vocacion, con apego
á las grandezas humanas,
y filósofo...
- D. ALVARO.** No es eso
precisamente...
- CONDE.** Pues bien;
tranquilízate. Prometo
escusarte el sinsabor
de heredarme. Estoy resuelto
á reincidir... Esto es;
á incorporarme en el gremio
de los... En fin, á casarme
segunda vez.
- D. ALVARO.** Lo celebro.
- CONDE.** He aqui la agraciada.
- MARGARITA.** ¿Cómo!
- CONDE.** Me referia al gracejo
de tu cara. Bien sé yo
que el favorecido en esto
es el novio.
- D. ALVARO.** Algo me han dicho,
pero yo no daba crédito...
Sea muy enhorabuena.

CONDE. Y con el favor del cielo
y el amor de Margarita
pronto un vástago directo...

MARGARITA. ¡Eh!... Vaya; no me avergüences...

D. ALVARO. Pues yo también he dispuesto
casarme.

CONDE. ¡Oiga! ¿Tú? ¿Con quién?

MARGARITA. Con Paula.

CONDE. ¿Cuándo?

D. ALVARO. Al momento.

CONDE. ¿Dónde?

D. ALVARO. Aquí. Ya fué á buscar
al vicario don Tadeo.
Yo voy á hacer mientras viene
otras diligencias...

CONDE. ¡Bueno! (*A Margarita.*)

¿Pero hemos de permitir,
mi bien, que se casen ellos
antes que nosotros? No.
Quiero que se hagan á un tiempo
las dos bodas. Justamente
tengo allí los documentos
necesarios...

(*Diríjese á la puerta de la derecha, que tiene un sello
en la cerradura.*)

MARGARITA. (*¡Voy á ser
condesa!*)

CONDE. Pero ¿qué veo?

MARGARITA. ¡Ah! me olvidé de decirlo.
La justicia ha puesto un sello
y se ha llevado la llave
para hacer despues...

CONDE. Entiendo.

Un registro escrupuloso
de mis papeles y efectos.—
No importa. El juez va á venir
y todo lo arreglaremos.—
Manda un ayiso al notario...

MARGARITA. Sí.

CONDE. Que estienda desde luego
los contratos.

MARGARITA. (*¡Oh ventura!*)

CONDE.

¿A ver? Papel y tintero...

MARGARITA.

(Mostrándole una mesa donde habrá lo necesario para escribir.)

Aqui hay de todo...

CONDE.

Muy bien

(Se sienta y escribe.)

D. ALVARO.

La quiere á usted con extremo mi primo, pues se apresura á pesar de hallarse preso á celebrar...

MARGARITA.

Ya ve usted

que yo tampoco me arredro...

Vamos; ¡estaba de Dios!

CONDE.

(Levantándose y dando á Margarita el papel que ha escrito)

Ahí va mi nombre: don Diego...

et cætera, mis dictados;

edad, treinta años y medio; —

y los nombres de mis padres,

lugar de su nacimiento

y demas... Arras y dote

se estipularán en pliego

separado...

MARGARITA.

Sí.

CONDE.

Testigos...

MARGARITA.

De eso yo me encargo.

CONDE.

Acepto. —

Por lo que hace á ti...

MARGARITA.

Es corriente.

CONDE.

Padrino... ¿Quién... Don Tadeo...

D. ALVARO.

Yo lo seré.

CONDE.

Mejor. Anda...

MARGARITA.

Vu

¡Adios!

CONDE.

¡Adios, mi dueño!

ESCENA II.

D. ALVARO. CONDE.

D. ALVARO.

¡Tal prisa, tal atropello por casarte, y en tal día!

CONDE.

¡Eh! ¿qué hombre se casaría

si pensara mucho en ello?

D. ALVARO. Yo me iria con mas pausa...

CONDE. ;Si me encanta esa muger!

D. ALVARO. Al menos hasta saber
qué resulta de tu causa.

CONDE. No tengo tanta paciencia;
mucho mas cuando me doy
por absuelto, porque estoy
seguro de mi inocencia.

D. ALVARO. ;Cierto?

CONDE. Sí; mil veces sí,
y con dudarlo me afrentas.
No hay miedo que te arrepientas
de haber salido por mí.
Calumnias de algun bellaco...

D. ALVARO. Te acusan...

CONDE. Sí; de infidencia;
lo sé; de correspondencia
con el ejército austriaco.

Ya el motivo me es notorio:

de las preguntas del juez

lo infiero. ;Estraña sandez
y extraño interrogatorio!

¿Yo andar en tejes manejes...

¿Por vida de San Facundo!

¿Venir yo del otro mundo

á compadrear con hereges!

¿No estaria yo borracho...

Mas rico que el Potosí,

¿qué me pueden dar á mi

ni el tudesco ni el gabacho?

D. ALVARO. Forja mas de una quimera
la ambicion...

CONDE. Pero ;cristiano!

¿Yo ambicion... ;y doy mi mano
á la hija de un cualquiera!

D. ALVARO. Yo te confieso que...

CONDE. Dílo.

D. ALVARO. Que me tenias en brasas;
pero en fin; cuando te casas...

CONDE. Ahí verás si estoy tranquilo.

ESCENA III.

D. ALVARO. EL CONDE. D. PLACIDO.

D. PLACIDO. *(A la puerta.)*

Señor conde...

CONDE.

A fé de Diego...

D. ALVARO.

El escribano te llama...

CONDE.

(A don Plácido.)

Voy... *(A don Alvaro.)*

Juro que es una trama...

D. ALVARO.

Lo creo. Adios.

CONDE.

Hasta luego.

ESCENA IV.

CONDE. D. PLACIDO.

CONDE.

¿Qué hay, don Plácido?

D. PLACIDO.

Parece

que nadie nos oye.

CONDE.

Nadie.

D. PLACIDO.

Me intereso mucho

por el éxito feliz...

CONDE.

Muchas gracias!

D. PLACIDO.

Aunque soy

de la curia, late aquí

un corazón compasivo...

CONDE.

Ya... ¡Prodigio escribanil!

D. PLACIDO.

Plácido Ruiz de Galarza

tendrá un placer en servir

á vuecencia. Simpatias

que uno no puede...

CONDE.

Y, en fin,

¿qué asunto...

D. PLACIDO.

Aunque es evidente

que algun enemigo vil

ha calumniado á vuecencia,

siempre es bueno prevenir

cualquier accidente...

CONDE.

¿Cuál?

D. PLACIDO. Sellado está el camarín
donde se hallan los papeles
de vucencia; va á venir
el juez á reconocerlos
y á entregarse de ellos.

CONDE.

Sí.

D. PLACIDO. Pero antes que venga el juez
se puede muy bien abrir
la puerta, y aunque se rompa
el sello, como yo fui
quien le puso..., ya se sabe...
que el que hace un cesto hará mil.
Con que si vucencia tiene
algo que estraer de allí...

CONDE.

¿Yo!...

D. PLACIDO.

No digo que á sabiendas...
Pero... una venganza ruin...
Pudiera ser... Costará
algunos maravedís
este acto de complacencia,
de amistad... No para mí;
pero ha sido necesario
que cegase el alguacil
de vista...

CONDE.

Señor Galarza,
aunque ese hombre baladí
tuviera mas ojos que Argos
no me importara un tarín;
que, ya se lo dije al juez
y lo vuelvo á repetir;
ni conspiro contra el príncipe
que nos vino de Paris,
ni conozco á Estaremborg;
ni he saludado á Berwik;
ni yo tengo arte ni parte
en la discordia civil;
ni hay papeles en mi cofre,
(al menos lo creo así);
que puedan comprometerme;
con que, es escusado ardid
el que me propone usted.—

Mas como puede ocurrir
que, á pesar de mi inocencia,
se me enrede en algun *quid*
pro quo... Porque, al fin y al cabo,
inocente es la perdiz,
y espuesta á lazos ocultos
tiene la vida en un tris,
no es malo que sea usted
mi amigo, y voto á San Gil.

(Apretándole la mano.)

que no servirá á un ingrato
el buen don Plácido Ruiz.

D. PLACIDO. ¡Tanto honor... Tendrá vucencia
en mí un siervo, un comodín,
un...

UN ALGUACIL. *(A la puerta del foro.)*

Su señoría viene.

D. PLACIDO. Salgámosle á recibir.

ESCENA V:

EL CONDE. EL JUEZ. D. PLACIDO.

JUEZ. Beso á vucencia la mano.

CONDE. Y yo beso la de usía.

JUEZ. Vengo...

CONDE. Ya; me lo decia.

JUEZ. ahora mismo el escribano,

JUEZ. La ley de que soy ministro
me obliga...

CONDE. Si; estoy en ello.

JUEZ. *(Al escribano.)*

Ya puede usted...

D. PLACIDO. Quito el sello
y abro. *(Lo ejecuta.)*

JUEZ. Vamos al registro.

CONDE. No se hallarán documentos
que pruchen ningun delito,
mas de algunos necesito...

JUEZ. ¿Si?

CONDE. Para pocos momentos.

Se devolverán hoy mismo.

JUEZ.

Pero ¿cuáles son...

CONDE.

Aludo

á mi informacion de viudo...

JUEZ.

Bien...

CONDE.

Y á mi fé de bautismo;

porque voy á dar un paso

que me eleva al Paraiso,

y para el caso es preciso...

JUEZ.

¿Y es el caso?...

CONDE.

Que me caso.

JUEZ.

No habrá en eso inconveniente

siendo tan grave el motivo.

Dará vuerencia recibo

y se unirá al espediente.

CONDE.

Bien.

JUEZ.

Ahora, en nombre de Dios,

entremos á ese aposento...

CONDE.

(Cediendo el paso al juez.)

Pase usia!..

JUEZ.

¡Oh! no consiento...

CONDE.

(Tomándole el brazo.)

Entremos juntos los dos.

(Al entrar el conde, el juez y don Plácido en la habitacion de la derecha, llega Margarita por el foro.)

ESCENA VI.

MARGARITA.

¡Conde... No está por aquí...

Pero afuera bay alguacelles...

¡Ah! ya han abierto su cuarto...

¡Váede que ahora registren...

(Mirando por la puerta que quedó á medio cerrar.)

Con efecto, allí está el juez

y el escribano le asiste.

Abren baul y maleta.

Revuelven todos los chismes...

¡Desacató!... Pero el conde

no se altera; se sonrie...

Prueba de que tiene el alma

exenta de todo crimen.—
 Ahora saca una arquita
 de caoba con perfiles
 de nacar.—La abre.—; Papeles!
 Busca con ojos de lince
 el imaginario cuerpo
 del delito.—Hablan...—Escriben...
 ;Y don Diego imperturbable!
 Pero hácia aquí se dirige...

ESCENA VII.

MARGARITA. EL CONDE.

CONDE.

(Con papeles en la mano.)

¡Oh Margarita preciosa!

MARGARITA.

Venia á buscarte...

CONDE.

(Besando la mano á Margarita.)

¡Ah! dime:

¿cómo estamos de esponsales?

¿Has hecho lo que te dije?

MARGARITA.

Sí; ya ha venido el notario,

y pronto habrán de seguirle

el vicario, los testigos...

CONDE.

¡Oh día entre los felices

de mi vida el mas feliz!

Pero el juez que me persigue

no me deja ver ahora

al notario. Corre y dile

que aquí tiene los papeles

necesarios...

MARGARITA.

(Tomándolos.) Voy...

CONDE.

Que active...

MARGARITA.

Descuida.

CONDE.

Espero que pronto

me despachen esos tigres,

y yo volaré en las alas

del amor que me derrite

á declarar con mi firma

que eres mi bien; mi sublime,

mi único bien, y mi gozo,

y mi gloria, y mi busilis.

MARGARITA. ¡Ah! también mi corazón tierno, estático, sensible... Pero no estaré contenta hasta que te vea libre.

CONDE. Libre me verás, y pronto, á despecho de mis viles detractores. Entre tanto, no amargarán los belitres el dulce pan de la boda.— Tú dispondrás el convite suntuoso; opíparos.— Ya presumo que oigo los brindis, la algarazara del festín, los epigramas, los chistes picantes, los maliciosos cachicheos de los títeres que envidiarán nuestra dicha. Serán de ver los melindres de la novia vergonzosa que allá en sus adentros ríe y pone la cara seria para que alguien no malicie que se da por entendida de las pullas que la dicen. Y yo sacando el reloj cada veinte, cada quince minutos, ¡ay! anhelando la hora de que desfilen los convidados. ¡Huy!...

MARGARITA. ¡Vaya!... no seas tan... No me obligues á enfadarme.

CONDE. ¡Margarita!
(Tocándola suavemente en el brazo, y volviendo un poco la cabeza)
Vete, que estás insufrible de puro hermosa... ¡Yo! ¡quiero ser inocente! ¡No mires! ¡No me mires! ¡Vete!

MARGARITA. ¡Adios!

CONDE. ¡Ve con Dios y con la Virgen!

ESCENA VIII.

EL CONDE. EL JUEZ. DON PLACIDO.

(Don Plácido trae bajo el brazo la arquita de que se habló en la escena VI.)

JUEZ.

El inventario está hecho.
Véale vuecencia y firme.

CONDE.

(Tomando un papel que le da el juez.)

Bien estará.
(Leyendo.)

• Dos legajos
con los títulos y timbres

de la casa de Alba-Torres...

Un cuaderno que describe

la forma, altura y productos

del pico de Tenerife...

Un papel suelto; su título

Cuenta de los gastos que hice.

No nos cansemos. Ya usia

ha debido apercibirse

de que todos los papeles

con mi sello se distinguen.

JUEZ.

Es cierto.

CONDE.

Y, por consecuencia,

si algun otro se me exhibe

falto de ese requisito,

no le doy ni en una tilde

por mio.

JUEZ.

Claro. Es forzoso

que despacio se examinen

los papeles, y para eso

me los llevo, mas descuide

vuecencia, que exactamente

y á la brevedad posible

se devolverán.

CONDE.

No dudo.

JUEZ.

Y si entre ellos nada existe,

como creo, que al buen nombre

de vucencia perjudique,
espero tener el gusto
de verle muy pronto libre.

CONDE.

Así será.

JUEZ.

Guarde Dios
á vucencia.

CONDE.

Y no se olvide
de usia.

D. PLÁCIDO.

(En voz baja apretando la mano al conde,
después que ha salido el juez.)

¡Lo dicho... y autos!

CONDE.

¡Adios, escribano insigne!

ESCENA IX.

EL CONDE.

Nada temo. Esto va bien.—
Voy á ver á Margarita...

ESCENA X.

EL CONDE. TOMAS.

TOMAS.

Un sugeto solicita
hablar con vucencia...

CONDE.

¿Quién?

TOMAS.

No conozco su semblante.

CONDE.

Visita de cumplimiento
tal vez., y en este momento...

Vaya; que pase adelante.

ESCENA XI.

EL CONDE.

Es droga que uno no pueda
ni aun celebrar su himenco...

ESCENA XII.

EL CONDE. D. CLAUDIO.

D. CLAUDIO. Tengo mucho honor.. (¿Qué veo!)
CONDE. (¡Cielos, don Claudio Cépeda!)

D. CLAUDIO. Me han dicho... Entraba...
CONDE. (¡Funesto
encuentro!)

D. CLAUDIO. En la inteligencia
de ver aquí á su excelencia.
CONDE. ¿Su excelencia?... Vendrá presto.
(¿Quién me saca de este apuro?)

D. CLAUDIO. Con que; ¿usted...
CONDE. (Por mas que pienso...)

Si; yo...
D. CLAUDIO. A manera de censo...

CONDE. Cierto: si...
D. CLAUDIO. También...

CONDE. Seguro...
D. CLAUDIO. (¡Qué turbado me responde!)

CONDE. (¡Mal mi zozobra reprimo!)
Puede usted volver...
(Mirando por el foro.)

(¡El Primo!
Bien!) Ya llega...

ESCENA XII.

EL CONDE. D. ALVARO D. CLAUDIO.

CONDE. Señor conde.

D. ALVARO. ¿Cómo!...
D. CLAUDIO. Salud muy cumplida
deseo á vucencia...

D. ALVARO. ¿A mí... ¿Dónde...
CONDE. (A don Alvaro al oído.)

¡Por Dios, di que eres tú el conde!
D. ALVARO. ¡Yo!...

CONDE. (Como antes.)
¡Me va en ello la vida!

D. CLAUDIO. (¡Estrano misterio...! ; Como me reciben!..)

D. ALVARO. (*Aparte con el conde.*)

Mas ¿por qué...

(*Rápidamente.*)

CONDE. Luego te lo explicaré.—

Di que soy tu mayordomo.—

Echale pronto de aqui.—

A mí me tiene por muerto.

D. CLAUDIO. ¿Es ó no vucencia...

D. ALVARO.Cierto.

D. CLAUDIO. ¿Conde de Alba-Torres?

D. ALVARO. Si.

CONDE. Vucencia no se atosigue,
que es amigo...

(*A don Claudio.*)

Y usted de eso
no se maraville. Un preso...

El gobierno le persigue.

D. CLAUDIO. ¿Qué escucho! En efecto he visto
alguaciles...

CONDE. Si, una hedionda
calumnia.

D. ALVARO. (*Aparte con el conde.*)

¿Qué trapsonda

es esta? Habla, ó ¡vive Cristo...

CONDE. Hablaré; no temas... Luego...

D. ALVARO. (*A don Claudio.*)

Pero; en fin, ¿qué novedad...

¿Qué objeto...

D. CLAUDIO. Tave amistad
con el difunto don Diego.

D. ALVARO. (*Aparte con el conde.*)

¿Difunto?...

CONDE. ¿No te lo dije?

D. CLAUDIO. (¡Tanto cuchicheo aqui!..)

CONDE. (*Aparte á D. Alvaro.*)

Le dirian lo que á ti,

y reza por mí, y se aflige.

D. CLAUDIO. Me dió en Cádiz un dinero,
y pues ya no vive el pobre
señor, justo es que lo cobre

el legítimo heredero.
(Sacando dinero.)

Diez onzas... Aquí las traigo.

CONDE.

(Aparte á don Alvaro.)

Tómalas, que mías son.

D. ALVARO.

(En alta voz.)

¿Yo? ¡Jamás!

CONDE.

Tiene razón.

¡Dinero á un hombre de arraigo!

D. CLAUDIO.

Mas siendo suyo, ¿á qué asunto...

CONDE.

No nos venga usted con prisas...

D. CLAUDIO.

Pero...

CONDE.

Y gástelas en misas

por el alma del difunto.

D. CLAUDIO.

No. Yo se las doy al vivo;

yo...

CONDE.

(¡Mal haya tu pellejo!)

D. ALVARO.

¡Oh! Ya he dicho.

D. CLAUDIO.

(Poniendo el dinero sobre la mesa.)

Aquí las dejo.

Si el conde me da un recibo,

D. ALVARO.

¡Dale! Usted porfia en vano,
que á mí no me corresponde.

ESCENA XIV.

D. ALVARO. EL CONDE. D. CLAUDIO. EL ALGUACIL.

ALGUACIL.

Esta carta al señor conde
de parte del escribano.

CONDE.

(Tomándola.) Venga.

(A una seña del conde, se retira el alguacil.)

ESCENA XV.

DON ALVARO. EL CONDE. D. CLAUDIO.

CONDE.

(Dando la carta á don Alvaro.)

Para que se esparza
vuecelencia, tenga á bien
leer lo que dice el buen
don Plácido Ruiz Galarza.

D. ALVARO. *(En voz baja rompiendo el sobre.)*
La leeremos los dos.

CONDE. *(En alta voz.)*
Vuecencia me honra... Leamos...

(A don Claudio)

¡Es el año de los años!

(¿Qué será esto santo Dios?)

D. CLAUDIO. ¡Y el recibo? Aquí le escribo.

(Se sienta y escribe.)

D. ALVARO. ¡Qué molestar... Si...

D. CLAUDIO. Caballero,

ni me voy con el dinero,

ni me voy sin el recibo.

CONDE. *(¿Nada! Ni á tiros se aparta.)*

D. ALVARO. *(Separándose á un lado con el conde.)*

¡Qué pesado está el buen hombre!

CONDE. ¡Eh! déjale estar y en nombre

de Dios leamos la carta.

D. ALVARO. *(Lee.)* « Señor excelentísimo: tengo que dar á vuecencia una noticia infausta. — Vuecencia cometió el error de tener menos confianza en mí que en su fatal arquita. — Es el caso que, registrándola con mas escrupulosidad, se ha encontrado en ella un resorte por cuyo medio se ha descubierto un cajoncito secreto y dentro de él una carta que prueba el delito de traicion de que vuecencia es acusado; y para mayor desgracia, no le puede desmentir vuecencia, porque tambien está marcado con su sello. Sirvale á vuecencia de gobierno, y si todavía puedo hacer algo en su obsequio, que lo dudo mucho, mande á su atento servidor. — El Consabido. —

CONDE. *(¡Ay Dios mio!... ¡Ay virgen santa!...)*

D. ALVARO. ¿Qué es esto, primo; qué es esto?

CONDE. Esto es que... *(¡Malo me he puesto!*

¡Tiró el diablo de la manta!)

D. ALVARO. Con que, ¿es cierta la traicion de que te acusan...

CONDE. No... y si...

porque yo... ¡triste de mí!

D. ALVARO. Tu tiembles. Tu agitacion...

CONDE. *(En ademan de querer huir.)*

(Si yo pudiera... ¡Ah! ¡Por dónde...)

Yo... A mí... (¡Fatal accidente!)

Si; el conde fue delincuente...

¡Pero yo no soy el conde!

(Don Claudio se levanta y se acerca.)

D. ALVARO. ¿Negarás...

CONDE.

Si otra me queda,
¡que se abra á mis pies un hoyo...

(En alta voz.)

¡Ah! venga usted en mi apoyo,
señor don Claudio Cepeda.

(Se echa á los pies de don Alvaro.)

¡Conde y señor!...

D. ALVARO.

¿Tú te humillas
á mis pies!

CONDE.

Sí. (¡Qué sudores!)

Sí señor, los pecadores
deben hablar de rodillas.

¡Estaba de Dios!... Su mano
va dando al condado un sesgo...

que... Entre un riesgo y otro riesgo...
elijo cantar de plano.

Murió el conde. — Yo soy franco...

D. CLAUDIO.

¿Quién lo duda? Y yo testigo.

El conde volcó conmigo
desde la cuesta al barranco.

D. ALVARO.

¡Será cierto!...

CONDE.

Los vi juntos,
á la luz de una linterna,
sin mover brazo ni pierna,
y los tuve por difuntos.

D. CLAUDIO.

Yo no morí; sin embargo.

CONDE.

Ya, ya lo veo... (¡en mal hora!)

D. CLAUDIO.

Con el frío de la aurora
me recobré del letargo.

Acuden á socorrerme;
logra curarme el doctor...

¡Pero aquel pobre señor
en eterna noche duerme!

CONDE.

(¡Este maldito es de bronce!)

D. CLAUDIO.

Y es con efecto heredero
del conde este caballero
si es....

D. ALVARO.

Soy don Alvaro Ponce.

D. CLAUDIO.

A quien rendido consagro
mis respetos...

D. ALVARO.

(Al conde.) ; Y dijiste...

CONDE.

Yo fingí un milagro ¡ay triste!
mas para otro fue el milagro.

D. ALVARO.

¿Y quién eres tú?

D. CLAUDIO.

Es, por junto,

Ambrosio Perez...

AMBROSIO.

No hay duda,

Ambrosio Perez...

D. CLAUDIO.

Ayuda

de cámara del difunto.

AMBROSIO.

Sí, señor; mas ya comienza
mi espacion, mi...

D. ALVARO.

¡Levanta,

miserable! Con que, tanta
ha sido tu desvergüenza...

AMBROSIO.

Señor, cogí de un cabello
á la fortuna... Capricho...

Tentacion...

D. ALVARO.

¡Levanta, he dicho!

AMBROSIO.

¡Perdon!...

D. ALVARO.

¡Levanta, ó te estrello!

(Ambrosio se levanta.)

Dime ahora de qué modo...

AMBROSIO.

Vuecencia puede inferir...

D. ALVARO.

¡Oh!... todo lo has de decir.

AMBROSIO.

Sí señor: lo diré todo.

Yo señor, en aquel viaje,

á retaguardia del amo

por quien lágrimas derramo,

conducia su equipage.

Despues del porrazo fiero

llego y le encuentro difunto...

y otro cadáver adjunto...

que era el de este caballero.

Mal consejero Satan

me dijo entonces con maña:

"nadie conoce en España

á un conde de Yucatan.

Largo tiempo le serviste;

cuanto importa sabes bien...
 ¡Ea, pecho al agua! ¿Quién
 á tal ocasión resiste?
 Sus títulos, sus diplomas
 puedes llevar á la corte
 y te armas de pasaporte
 con la cartera que tomás.
 Sabes imitar su letra,
 porque eres buen pendolista.
 ¿Quién te segultrá la pista?
 ¿Quién tu secreto penetra?
 ¡Ay! yo ignoraba el del arca.
 Yo ignoraba que don Diego
 conspiraba lluso y ciego
 contra mi amado monarca.
 No tenia su excelencia
 todo lo de Salomon,
 y la tal conspiracion
 lo prueba hasta la evidencia.
 Tampoco de gran imagin
 presumo yo, á la verdad,
 pero allá, en mi mocedad
 cursé un poco de latin;
 suficiente educacion
 para el que á un conde suplanta,
 que no suelen tener tanta
 muchos condes que lo son.
 En fin, la tramoya entabló
 como el diablo me lo ordena.
 ¡No puede hacer cosa buena
 quien se aconseja del diablo!
 Ajusta mi diligencia
 otro carruage, y ¡ets! ¡zas!...
 llego á Madrid... Lo demas
 ya lo sabe vuecelencia.
 Solo me resta pedirle
 el perdou de mi atentado
 devolviéndole el condado...
 ¡que ya es para mi aguachile!
 ¡Perdon de un mal pensamiento,
 que no supo lo que hizo
 este pariente postizo,

este conde fraudulento,
 este pobre mentecato,
 cuya boca ruin, vulgar
 ¡ni aun es digna de besar
 el polvo de este zapato!

D. ALVARO. (¡Con que, soy conde otra vez!
 ¡Y Paula...)

AMBROSIO. ¡Por san Fulgencio,
 por san...
 (*Asoma por el foro don Tadeo.*)

D. ALVARO. (¡El tutor!) ¡Silencio!
 Sella ese labio soez.

ESCENA XVI.

D. ALVARO. AMBROSIO. D. CLAUDIO. D. TADEO.

D. TADEO. ¿Qué hacen ustedes, señores?
 Los testigos estan prontos,
 y el notario y las muchachas...
 Solo se espera á los novios.

AMBROSIO. Vamos allá...

D. ALVARO. (*Deteniéndole y hablándole en voz baja.*)
 ¡Quieto aqui!
 (*A don Tadeo.*)

Ya voy... Que esperen un poco.
 Tengo antes que despachar
 un importante negocio.—
 Por lo que hace á Margarita,
 preciso es que su consorcio
 se suspenda...

AMBROSIO. ¡No...

D. ALVARO. (*En voz baja.*) ¡Silencio!...

D. TADEO. ¿Que se suspenda? Pues ¿cómo!...

D. ALVARO. (*En voz baja á don Tadeo.*)

Su causa va presentando
 mal aspecto.

D. TADEO. ¡San Antonio!

Pues...

D. ALVARO. Lea usted esta carta.

(*Dándole la del escribano.*)

D. TADEO. ¿Alli, delante de todos?

D. ALVARO. No. Basta que Margarita

sepa el contenido.
D. TADEO. Absorto
 me deja usted...

D. ALVARO. ¡Luego, luego...
 Los momentos son precisos.

D. TADEO. Voy corriendo. Hasta despues.
 ¡Jesus, Jesus qué demonio!...

ESCENA XVII.

D. ALVARO. AMBROSIO. D. CLAUDIO.

AMBROSIO. Pero... si ella y yo...

D. ALVARO. (*Firmando el recibo que estendió don Claudio.*) ¡Silencio!

AMBROSIO. Seré mudo; seré sordo.

D. ALVARO. (*Dando el recibo á don Claudio.*)

Tome usted ya que se obstina...

Mas no puedo hacer notorios
 todavia mis derechos

á la herencia. Poderosos
 motivos...

D. CLAUDIO. Respeto mucho...

D. ALVARO. Pero de un momento á otro...
 Mañana tal vez...

D. CLAUDIO. Corriente.

Yo á declarar me dispongo
 la verdad á cualquier hora...

AMBROSIO. Yo tambien, á fe de Ambrosio...

D. ALVARO. Todo se andará.—¿Las señas
 de usted...

D. CLAUDIO. Son: Calle del Lobo...

D. ALVARO. (*Escribiéndolas.*)

Bien.

D. CLAUDIO. Esquina á la del Prado...

D. ALVARO. Bien. ¿Qué número?

D. CLAUDIO. Diez y ocho.

D. ALVARO. Bien. Avisaré... quisiera
 quedarme un momento solo
 con este bribon...

D. CLAUDIO. Entiendo.

AMBROSIO. ¿Que va hacer de mí este prógimo,

- Dios mio!)
 D. CLAUDIO. Soy de vucencia
 servidor muy respetuoso...
 D. ALVARO. ¡Eh! Nada de tratamientos...
 (*Apretándole la mano.*)
 Adios.
 D. CLAUDIO. Adios. (¡Guapo mozo!)

ESCENA XVIII.

D. ALVARO. AMBROSIO.

- D. ALVARO. ¿A ver? Ponme por escrito
 la exacta declaracion
 de todo...
 AMBROSIO. Yo...
 D. ALVARO. Con tu firma...,
 la de Ambrosio Perez; no
 la del conde.
 AMBROSIO. Por supuesto;
 la mia; pero, ¡señor
 escelentísimo...
 D. ALVARO. (*Llamándole á la mesa.*)
 ¡Vamos!
 AMBROSIO. ¿No ve vucencia que soy
 hombre perdido si me...
 si me espontáneo? (¡Atroz
 conflicto!)
 D. ALVARO. ¿Cómo, villano!...
 ¿Te resistes... ¡Voto á briós!...
 AMBROSIO. No..., pero... ¡misericordia!...
 D. ALVARO. Pues bien; en la cárcel...
 AMBROSIO. ¡Voy,
 voy volando!...
 (*Va á la mesa, se sienta y escribe.*)
 D. ALVARO. La verdad,
 solo la verdad, bribon...
 AMBROSIO. Sí, señor, sí; solo...
 D. ALVARO. Y toda
 la verdad.
 (*Pascándose mientras escribe Ambrosio.*)
 (¡Rueda veloz

de la fortuna; otra vez
 has girado en mi favor!
 Pero no te lo agradezco
 si esto ha de dar ocasion
 para que otra vez me robes
 de mi Paulita el amor.—
 Mas renunciar á la herencia
 que el cielo me deparó
 seria la mas solemne
 bobada...)

AMBROSIO. (¡Temblando estoy!)

D. ALVARO. (No me tienta la codicia;
 pero exige el pundonor...)

AMBROSIO. (Y aunque quisiera negar,
 ya no puedo... Al diablo doy
 el condado...)

D. ALVARO. (Esto ha de ser.)
 (A Ambrosio.)

¿Acabas?

AMBROSIO. Falta un renglon.

D. ALVARO. (Aunque Paula se incomode...)

AMBROSIO. (Ya no veo mas el sol...)

¡Y eso á buen librar!)

(Firmando.)

«Ambrosio

Perez.» (¡Virgen de la O!)

(Levantándose y dándole el papel.)

Ya está servido vucencia.

D. ALVARO. Veamos. (Lee para si.)

AMBROSIO. (Siento un sudor...)

D. ALVARO. Bien.

AMBROSIO. (Si á lo menos mi ex-primo
 me mira con compasion...)

D. ALVARO. Bien.

AMBROSIO. (Él solo de los jueces
 puede templar el rigor.)

D. ALVARO. (Doblando el papel y dándosele á Ambrosio.)

Está bien. Una cubierta
 ahora...

AMBROSIO. Aunque sean dos.

(Pone la cubierta.)

D. ALVARO. Y escribe en ella mi nombre.

- AMBROSIO. Ya. (*Mientras escribe.*)
 (¡ Bien dijo la canción:
 «aprended flores de mí
 lo que va de ayer á hoy!»)
- D. ALVARO. (Por lo que pueda tronar
 no es mala esta precaucion.)
 (*Tomando el pliego ya cerrado.*)
 Venga.
- AMBROSIO. Y ahora... vuecelencia
 ¿ qué manda á su servidor?
- D. ALVARO. Que prosigas siendo conde
 de Alba Torres, mientras yo
 no mande otra cosa.
- AMBROSIO. ¡ Cielos!
 ¿ Y el crimen de alta traicion?
 ¿ Qué será de mi individuo
 si no declaro quién soy?
- D. ALVARO. Te sentenciarán á muerte.
- AMBROSIO. ¡ Válgame el Dios de Jacob!
 ¡ Pues no, no quiero ser conde!
 Cantaré...
- D. ALVARO. Baja la voz.
 Si no eres conde serás
 falsario infame y ladron.
- AMBROSIO. ¡ Ah! es verdad: ¿ Y qué castigo
 me espera?
- D. ALVARO. Morirás.
- AMBROSIO. ¡ Oh!...
- D. ALVARO. Ambrosio ó conde, no escapas
 de muerte horrenda y precoz.
- AMBROSIO. ¡ Espantosa alternativa!
- D. ALVARO. Pero el garrote es mejor
 que la horca.
- AMBROSIO. Allá se van;
 y pues condenado estoy
 á morir de todos modos,
 dando mi cuello al sayon
 quiero purgar mis pecados;
 no los que otro cometió.
- D. ALVARO. ¡ Ambrosio!...
- AMBROSIO. Ni es mi delito
 tan enorme, tan feroz..

Quizá reduzca mi pena
el buen monarca español,
el buen Felipe, á diez años
de Ceuta con retencion.

D. ALVARO. Mas fácil es que le apiade
una persona de pró.

Para reos de alto bordo
siempre ha habido absolucion.

De tres siglos á esta parte
solo hay memoria de dos
que hayan muerto en un patíbulo:

Don Rodrigo Calderon
y don Alvaro de Luna.

AMBROSIO. ¿Y si el tercero... soy yo?

D. ALVARO No te pido que conserves
el título que te doy
sino un dia..., acaso menos...

AMBROSIO. Pero...

D. ALVARO. Y, en resolucion ;
si me complaces, seré
tu apoyo , tu intercesor ;
si no, ¡ay infeliz! mañana
no te alcanzará el perdon
del rey...

AMBROSIO. ¿Por qué ; Dios eterno!,
por qué?

D. ALVARO. Porque mueres hoy.

AMBROSIO. ¡Morir yo... ¿Cómo...

D. ALVARO. ¡A mis manos!—

Con que, lo dicho, ¡y adios!

ESCENA XIX.

AMBROSIO.

¡Bien ! Si no callo me aborcan,
y si callo me estrangulan.

Mas ¿ qué hago con resistir
mientras me tenga en sus uñas?

Esponerme á una venganza
mas rápida y mas segura
que la de las leyes.— Pero

es singular la conducta
de ese hombre. ¿Por qué se empeña
en que yo pague las culpas
del primo? ¿No era mejor
dejarle en la sepultura,
que hacerle resucitar
para afrenta de su alcurnia?
¿Y en lugar de abalanzarse
al condado, lo rehusa!
¿Sobre que nunca se ha visto
ni volverá á verse nunca
heredero semejante!—
Pero una vez que me anuncia
su proteccion, nada arriesgo
en sostener la impostura
por un dia ó dos, que siempre,
si el horizonte se nubla,
tengo en mi mano el recurso
de declarar á la curia
quién soy.—Y entonces ¡ay triste!
quizá me aprieten la nuca
mas pronto. —¡Necio de mí!
¿Por qué no apelé á la fuga...
¿Por qué no me contenté
con la ropa y la pecunia
del muerto..., y hoy no me viera
por una ambicion estúpida
espuesto á ser del verdugo
racional cabalgadura,
¡ó la tercera edicion
de don Alvaro de Luna!

ESCENA XX.

AMBROSIO. D. ALVARO. PAULA.

D. ALVARO. ¡Oh primo!...
AMBROSIO. (¡Esto me faltaba!)
Yo...
PAULA. Señor conde...
AMBROSIO. (¡Otra pulla!)
Señora...

D. ALVARO.

; Dame un abrazo !

AMBROSIO.

(Abrazándole.)

Con mucho gusto... (¡El de Judas!)

D. ALVARO.

Acabo de desposarme
con Paulita.

AMBROSIO.

Tengo mucha
satisfacción..., primo mío...

PAULA.

Mil gracias.

AMBROSIO.

Y... ¿mi futura?

PAULA.

Usted sabrá á dónde fué.

Salió de casa como una
exhalación, sin decir

el motivo, de resultas

de haber leído una carta

de usted...

AMBROSIO.

¿Mia...

D. ALVARO.

(En voz baja.) ; Disimula!

AMBROSIO.

Efectivamente, yo...

Sí señora; una consulta...

No porque esté arrepentido

de entrar en segundas nupcias...

Pero hay cosas... Hay momentos...

(No sé qué decir.)

PAULA.

(Aparte con don Alvaro.)

Se turba...

¿Qué será?

D. ALVARO.

...Nada.

PAULA.

; Ay! es conde,

y al fin hará de las suyas.

D. ALVARO.

; Eh, qué aprensión... (¡Si supiera...!)

PAULA.

¿ Pero qué proyecto ocupa
á mi hermana tanto tiempo
fuera de casa?

D. ALVARO.

Te asustas
sin motivo. Fue con ella
don Tadeo...*(Siguen hablando aparte.)*

AMBROSIO.

; Ay Dios! Si el cura
me hubiese enlazado ya
con una moza tan chusca
y con los seis mil ducados
anuales de que disfruta...

¡pero todo lo he perdido...
incluso el honor!)

PAULA. Escucha...

Creo que sabe...

D. ALVARO. Sí; es ella.

Ahora saldremos de dudas.

ESCENA XXI.

PAULA. D. ALVARO. AMBROSIO. MARGARITA. D. TADEO.

MARGARITA. (*Entra apresurada y con mucha agitacion.*)
¡Albricias!... Dadme una silla,
que no puedo...

(*Don Alvaro acerca una silla y se sienta Margarita.*)
¡El rey te indulta!

AMBROSIO. ¡Cielo!... Pero ¿á quién? ¿A Ambrosio,
ó... al conde...

MARGARITA. ¡Estraña pregunta!
A tí, al conde... ¿Quién es ese
Ambrosio...

AMBROSIO. Nadie. Tontunas...
El placer de la sorpresa
me aturde y me... ¡Amable, augusta
magestad!...

PAULA. (*Aparte con don Alvaro.*)
Pues ¿no decia
que blanco de vil calumnia...

D. ALVARO. Oigamos.

MARGARITA. Apenas leo
la carta, amor me estimula,
me inspira; tomo del brazo
á mi tutor; por ventura
estaba el coche á la puerta;
entramos; ¡firme á las mulas!—
¿Dónde?—Al alcázar.—Y llego
en hora tan oportuna,
que el rey bajaba; á sus pies
me arrojó; el llanto me inunda;
él con afable sonrisa
me hace levantar, procura
consolarme; le refiero

mis circunstancias, las tuyas...;
 á fuer de novia le pido
 entre sollozos y angustias
 tu perdón, y bondadoso
 estas palabras pronuncia:
 «Perdono la vida al conde,
 aunque por sentencia justa
 debe morir; pero salga
 al momento, sin escusa,
 desterrado de mis reinos
 para siempre.—Que se cumpla
 pronto mi decreto, añade,
 y escoltado le conduzcan
 á la frontera.»—No sé
 lo que entonces articula
 agradecido mi labio,
 porque el gozo me aturulla...;
 y torno al coche, y volando
 (*Levantándose.*)
 vuelvo, bien mio, en tu busca.

AMBROSIO. Y yo en tus brazos...

D. ALVARO. (*Adelantándose á recibir el abrazo que Ambrosio destinaba á Margarita.*)

¡Oh, ven
 á los míos!

AMBROSIO. ¡Que me estrujas!

PAULA. (¿Con que, era reo de muerte!

¡Hum... Cuando á mí me repugnan
 los títulos...)

MARGARITA. La sentencia

de destierro es algo dura;
 pero estoy pronta á seguirle
 á Inglaterra, á Holanda, á Rusia,
 al fin del mundo.

AMBROSIO. ¡Oh muger
 adorable y sin segunda!

PAULA. (*Aparte con Margarita, mientras hablan
 del mismo modo don Alvaro y Ambrosio.*)

¿Estás loca? ¡Tu seguirle!

MARGARITA. ¿Por qué no?

(*Siguen hablando aparte las dos hermanas.*)

D. ALVARO. Si no rehusas,

¡pobre de tí!

AMBROSIO.

¡Pero si ella
me adora, si su ternura...

D. ALVARO.

Ella ama á un conde; no á tí.

D. TADEO.

(Dos á dos hablan, disputan...
¿En qué vendrán á parar
estas misas?)

MARGARITA.

(*A Paula.*) No me arguyas
con reflexiones plebeyas.
Es preciso que se cumpla
mi destino.

AMBROSIO.

(*A don Alvaro.*) ¿Qué cristiano
desdeña á tal hermosura?,
y... ó soy conde ó no lo soy.

MARGARITA.

(*En alta voz acercándose á Ambrosio.*)
Vamos, don Diego. ¿Qué dudas?
El notario nos espera.
La voluntad absoluta
del rey no admite demora...

AMBROSIO.

Vamos, y en dulce coyunda...

D. ALVARO.

¡Deteneos! (Ya es forzoso
que el misterio se descubra.)

MARGARITA.

¡Qué! ¿Se opone usted...

D. ALVARO.

Señora...

MARGARITA.

¿Con qué autoridad...

D. ALVARO.

Ninguna
tengo sobre usted, pero antes
que se haga esa boda absurda,
sepa usted con quién se casa.

MARGARITA.

¿Cómo...

D. TADEO.

¿Qué...

AMBROSIO.

(¡Me descoyunta!)

PAULA.

¿Qué oigo!

D. ALVARO.

Del conde, mi primo,
fue cierta la desventura.

PAULA.

¡Cielos!...

D. ALVARO.

¡Murió! Tengo pruebas...
Ese miserable usurpa
su nombre.

MARGARITA.

¿Será posible!...

PAULA.

¿Luego eres tú... ¡Virgen pura...,
soy condesa!

- (*Se sienta consternada.*)
- D. ALVARO. (*Acercándose.*) ; Paula mia!
- PAULA. (*Desviándole enojada y llorosa.*)
; Aparta! (*Paula llora.*)
- MARGARITA. (*A Ambrosio.*) ; Y á tal injuria
callas! ; Y no le confundes!
- AMBROSIO. Yo... Si... Yo...
- D. TADEO. ; Qué baraunda!
- MARGARITA. ; Habla! Pero no; es en vano.
; La turbacion te denuncia!
- AMBROSIO. No soy conde...
- MARGARITA. ; Ah! Pues ¿quién eres?
- D. ALVARO. Ambrosio Perez, ayuda
de cámara del difunto.
- MARGARITA. (*Sentándose abatida.*)
; Ah!
- AMBROSIO. ; Mas qué importa mi cuna
(*Acercándose.*)
si la tierna simpatía...
- MARGARITA. ; Aparta, infame, ó mi furia...
- AMBROSIO. (*¡Adios mi último refugio!*)
- MARGARITA. ; Yo víctima de una burla
tan cruel!
- PAULA. ; Ay, yo engañada
por quien...
- D. ALVARO. ; Qué! ; No me disculpas
tu corazón...

ESCENA XXII.

PAULA. MARGARITA. D. ALVARO. D. TADEO. AMBROSIO.
D. PLACIDO. ALGUACILES.

- D. PLACIDO. Con permiso...
- AMBROSIO. (*Aparte con don Alvaro.*)
; Por san Juan y por san Lucas,
siga el embrollo...
- D. ALVARO. Si tal.
Me has complacido, y en justa
remuneracion...
- D. PLACIDO. (*Acercándose á Ambrosio.*)

Perdone

vucencia que le interrumpa.
Su magestad, que Dios guarde,
manda...

AMBROSIO. Sí; que me conduzcan
á la frontera... Estoy pronto.
(Si no lo meto á farfulla...)

D. PLACIDO. La escolta está prevenida.
Sígame ucencia, si gusta...

AMBROSIO. Sí; vamos... No me despido,
porque es tanta mi amargura...
¡Adios! ¡ Estaba de Dios!...
(¡ Reniego de mi fortuna !)

ESCENA XXIII.

PAULA. MARGARITA. D. ALVARO. D. TADEO.

MARGARITA. (*Levantándose furiosa.*)
¿Se va... Esperad... Es un yerro...

D. ALVARO. Déjele usted que se vaya.
Harta pena es el destierro...

MARGARITA. No; ¡ presidio... ¡ Muerte... No haya
compasion para ese perro.
No; que á la ley se sujete...

D. ALVARO. Pero usted se compromete
si hace público el oprobio.
¿Quiere usted ver con grillete
á quien ha sido su novio?

MARGARITA. ¡Oh rubor!... Dice usted bien.

D. ALVARO. Nada mi derecho valga
ni la posesion me den
hasta que del reino salga...

MARGARITA. ¡Maldigale Dios, amén!

D. TADEO. (*Esta rabia; la otra llora...*)

D. ALVARO. ¡Paula!...

PAULA. (*Suspirando y sin volver la cabeza.*)

(¡ Condesa!)

MARGARITA. (*¡ Era un tuno!)*

D. TADEO. (*A Margarita.*)

¡Te luciste, pecadora!

¿Por qué no dices ahora:

de conde abajo ninguno?
MARGARITA. Y lo digo, y lo repito;
 y poco he dicho quizás;
 que ahora, si bien lo medito,
 estoy purgando el delito
 de no haber pedido mas.
 Que una boda se trabuque...
 no importa. Vendrá otro buque
 con gente mas linajuda...

D. TADEO. Pero...

MARGARITA. ¡Sí, sí! Ya no hay duda:
 ¡Dios me guarda para un duque!

ESCENA ÚLTIMA.

PAULA. D. ALVARO. D. TADEO.

D. TADEO. Es terca como la tos.

D. ALVARO. Ese llanto me aniquila.

¡Paula!...

PAULA. (*Levantándose.*)

¡Me has burlado!

D. TADEO. (*Sin reparar en Paula y don Alvaro.*)

(¡Ay Dios!

Aun me queda una pupila...

¡y es la peor de las dos!)

PAULA. ¡Yo condesa! ¡Qué traicion!

D. TADEO. ¡Calle! Esta es otra cancion.

D. ALVARO. Cuando se firmó el concierto
 no era yo conde... Has cubierto
 el honor del pabellon.

PAULA. ¡Pérfido!

D. ALVARO. Si tal espanto

te causa este compromiso,
 se anula. Demanda al canto...

PAULA. ¡Ah, para eso era preciso
 que yo no te amase tanto!

D. ALVARO. ¡Paula!, bien recordarás
 que siendo pobre y tú rica,
 cedí: ¡te pido yo mas...

PAULA. ¡Condesa!...

- D. ALVARO. No lo serás
si tanto te mortifica.
- PAULA. ¿Qué escucho!...
- D. ALVARO. Si tal sentencia
tu labio hermoso pronuncia,
juro á Dios y á mi conciencia
que ahora mismo hago renuncia
del condado y de la herencia.
- D. TADEO. ¿Qué simpleza!...
- PAULA. ¿Alvaro mio!...
- D. TADEO. Vamos, me ha dejado frio...
- D. ALVARO. Solo en tu ternura fundo
toda mi gloria, y me rio
de los bienes de este mundo.—
Mas sucede al regocijo
de boda que Dios bendijo...
Yo cariñoso, tú amable...
Paula mia, es muy probable
que Dios nos conceda un hijo.
(Entre ruborosa y alborozada.)
¡Ah!...
- D. ALVARO. Por si un dia le tienes,
permíteme, Paula mia,
que yo administre sus bienes,
sus títulos, y algun dia
me darás mil parabienes.
- PAULA. ¡Ah!... Fuerza es que ceda yo,
aunque á mi gusto no cuadre.
¡Dios, que la mar enfrenó,
no puso limites, no,
á la ambicion de una madre.
Yo para mí nada quiero;
mas si tengo un heredero
su gloria será mi ley,
y quisiera verle rey
de España, del orbe entero.
Y aunque, hablando en general
hago á los condes el bú,
de todos no pienso mal.
Alguno ha de haber tal cual...
¡y ese sin duda eres tú!
- D. ALVARO. ¡Oh dicha! Mi angustia cesa...

D. TADEO.

¡ Bien! Yo os bendigo á los dos;
y ahora vamos á la mesa...

PAULA.

En fin, ¡ estaba de Dios...

(Dando la mano á don Alvaro.)

Me resigno á ser condesa.

FIN DE LA COMEDIA